



ALAR BENET

A LA DERIVA





SAN BERNARDO, 68. - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (5.ª edición.)
» 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (4.ª edición.)
» 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter. (3.ª ed.)
» 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
» 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.
(2.ª edición.)
» 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter.
(2.ª edición.)
» 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
» 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.ª ed.)
» 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
» 11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.ª edición.)
» 12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
(2.ª edición.)
» 13.—¡SANGRE!, por Frank McFair. (2.ª edición.)
» 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar
Benet. (2.ª edición.)
» 15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G.
Murphy. (2.ª edición.)
» 16.—TANGER, por Alf Manz. (2.ª edición.)
» 17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
» 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny.
(2.ª edición.)
» 19.—ALTA TRAICION, por Fred Baxter. (2.ª ed.)
» 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO,
por Alf Manz. (2.ª edición.)

- Num. 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
 » 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
 » 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf. Manz.
 » 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
 » 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
 » 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
 » 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
 » 28.—DOCTOR X, por Alf. Manz.
 » 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.
 » 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
 » 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
 » 32.—NUEVA YORK-SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
 » 33.—ENTRE REJAS, por Alf. Manz.
 » 34.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
 » 35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
 » 36.—EL DUENO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
 » 37.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy.
 » 38.—FILIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter.
 » 39.—PALESTINA EN LLAMAS, por Frank McFair.
 » 40.—LA LEY DEL TERROR, por Lewis Haroc.
 » 41.—A LA DESESPERADA, por O. C. Tavin.
 » 42.—LA PROMOCION DE LA MUERTE, por Alar Benet.
 » 43.—TINIEBLAS, por Alf. Manz.
 » 44.—ESPIAS EN LA NOCHE, por Fred Baxter.
 » 45.—FIDELIDAD, por Alar Benet.
 » 46.—SIN CUARTEL, por A. G. Murphy.
 » 47.—ARMOUR, EXPULSADO, por O. C. Tavin.
 » 48.—
 » 49.—LA MAFFIA, por Alf. Manz.
 » 50.—ALASKA FINAL DE RUTA, por Lewis Haroc.
 » 51.—TRAS EL TELON DE ACERO, por Alar Benet.
 » 52.—GANGSTERS DE GUANTE BLANCO, por John L. Martin.
 » 53.—¡ACUSADO!, por A. G. Murphy.
 » 54.—MISTERIO EN VIENA, por O. C. Tavin.
 » 55.—EL GENIO DEL MAL, por Alar Benet.
 » 56.—HOMBRES ARMADOS, por Jack Brooklyn.
 » 57.—PAVOROSA ELECCION, por O. C. Tavin.
 » 58.—LA BESTIA ESCARLATA, por Frank McFair.
 » 59.—HUELLAS DE ULTRATUMBA, Thomas Settee.
 » 60.—S. O. S., por Lewis Haroc.
 » 61.—BILLETES MALDITOS, Frank McFair.
 » 62.—CAMINO DE PERDICION, John Nebot.
 » 63.—CAMARADAS ENEMIGOS, Frank McFair.

Herbert
O'Connor,
senador demócrata, ha pedido la pena de muerte para
los traficantes de drogas heroicas, estimando que debe
dictarse una ley semejante a la llamada Lindbergh.

El comisario de Policía de Nueva York, Thomas
Murphy, y el comisario de Narcóticos, Anslinger, de
acuerdo con el
F. B. I.,
han decidido dar la batalla a los contrabandistas de
drogas.

Alar Benet.

I



OS dos hombres se miraron. El silencio, por lo denso, parecía el preludio de una trágica escena. El despacho en el que se hallaban era suntuoso, aunque rindiendo culto a lo práctico. Los grandes butacones fueron sustituidos por sillas tapizadas en raso rojo, Junto a la mesa de despacho, otra más pequeña para la máquina de escribir. Sin estilo definido, el gabinete de trabajo resultaba agradable dentro de su espartana sencillez.

Harold Gerald, de unos cuarenta y cinco años, prematuramente envejecido por las preocupaciones, habló procurando dominar su indignación:

—Su insistencia es molesta, señor Brothers. He perdido la cuenta de las negativas que me he visto precisado a darle. Si no me deja en paz me veré obligado a denunciarle.

Velja Brothers, un austríaco de padres dinamarqueses, sonrió. Su rostro anguloso, al contraerse en una cínica sonrisa, se deformaba, destacando más los peculiares rasgos de su fisonomía. Ancha la frente, muy destacados los pómulos y la nariz curvada, su aspecto hubiera resultado brutal a no ser por los delgados labios que aportaban al conjunto un marcado matiz de crueldad.

—Usted no hará eso —afirmó—. Hay varias razones que se lo impedirán, como es, por ejemplo, la denuncia a sus compañeros de los medios de que se valió para alcanzar el puesto de senador. El Sindicato de Nueva York transmitió sus órdenes a diversos órganos recabando votos. Usted hizo unas promesas que no ha cumplido. Por si eso fuera poco, solicitó y obtuvo medio millón de dólares sin interés... material —matizó la palabra—. ¿Recuerda el convenio? Me haría tres favores de posible realización sin medir el alcance de las consecuencias. Ha llegado el momento de que cumpla su palabra o se disponga a enfrentarse a dos justicias: la del país y la nuestra, mil veces más terrible de lo que supone. Primero nos ocuparíamos de publicar su deshonra entregándole a los tribunales de justicia. Después... usted ama mucho a su hija. Sería una lástima que desapareciese.

Harold Gerald se incorporó bruscamente, levantando el puño para golpear a su interlocutor. Éste, sin mover un solo músculo, le aconsejó con voz glacial:

—Yo no haría eso. Se lo aseguro.

El senador volvió a sentarse tras la espaciosa mesa. Sus ojos semejabán los de un animal acorralado.

—¡No puedo obedecerle!... ¡No puedo!

Hundió la cabeza entre sus manos. Velja Brothers esperó impasible a que se serenase.

—Devuélvame el dinero. Al menos, que no lo pierda todo.

Harold se incorporó dirigiéndose a una moderna caja de caudales empotrada en el muro, que abrió sacando varios fajos de billetes. Al contarlos, un sobre alargado cayó a sus pies. Fue a inclinarse para recogerlo, pero el austríaco se le adelantó, leyendo: «Señor Director del

F. B. I.».

Miró inquisitivamente a Gerald, que palideció.

—¿Mantiene correspondencia con el «Federal Bureau of

Investigaron»?

—Se trata de unos informes que me han solicitado sobre el «Harlem» como posible refugio de delincuentes. Olvidé entregarlo a mi secretaria y los puse aquí.

—Ya —fue el seco comentario de Velja Brothers—. Procure contarlo bien. Es usted muy olvidadizo.

Puso el hombre tanta ironía en sus palabras, que el senador le miró desconcertado. Rehaciéndose, contestó:

—Tiene razón. Jamás creí que nada ni nadie pudieran borrar de mi mente el sentirme ciudadano de la mejor patria del mundo. Tenga. He añadido cien mil más en concepto de indemnización. ¿No los recoge?

—Métalos en una cartera. No es oportuno guardar tanto dinero en casa. ¿No pensó en la posibilidad de un atraco?

—Nadie sospechará tal riqueza. Vivo modestamente. Mi conciencia me impide disfrutar de un puesto que he conseguido aliándome con indeseables.

El insulto era evidente. Velja no se inmutó. Una nube de preocupación flotaba en el aire.

—Necesito su respuesta, Harold. Hemos tratado dos cuestiones diversas. La primera está solventada.

—Aún no —le interrumpió el senador—. Me falta el recibo que le firmé.

Brothers extrajo de uno de los bolsillos de su americana una cuartilla que entregó al que se la pedía, el cual la examinó ligeramente, prendiéndola fuego en uno de los anchos ceniceros. No confiaba que le fuese devuelto el único documento capaz de comprometerle. Seguro de que sus enemigos carecían de pruebas, respiró aliviado. Luego, encarándose con su interlocutor, exclamó:

—Terminemos pronto. Empieza a agotarse mi paciencia.

—No tengo prisa. Decía que... ¿Me da un cigarro?

Harold Gerald ofreció al austríaco su pitillera, repleta de «Abdullahs». Velja encendió parsimonioso, entreteniéndose en formar caprichosos dibujos con el humo. Continuó:

—Los hombres nos diferenciamos de las bestias en muchas cosas, pero, principalmente, en que tenemos conciencia. ¿No le parece?

—Desde luego. En virtud de ella, niego mi colaboración a sus

planes.

—No me ha entendido —prosiguió Brothers—. ¡Es curioso que tenga que darle una lección de moral! Un filósofo materialista, convertido al catolicismo en plena juventud, afirmó que lo bueno y lo malo podían ser sensaciones idénticas en corazones distintos. Mis propósitos, para mí, son maravillosos. Estimo que la juventud actual no tiene nada que agradecer a unos mayores que les han puesto al borde de la desesperación con guerras y revoluciones. Ningún mal les haré que ellos no lleven en su sangre. Usted, por el contrario, piensa de distinta forma. ¡Es lamentable!

—Ni sé dónde quiere ir a parar.

—No se impaciente, señor Gerald. Si no estuviese ofuscado por la creencia de que yo soy un ser sin escrúpulos, habría comprendido. Las promesas que un hombre hace deben cumplirse. Le concedo veinticuatro horas de plazo. Si no accede, procederé.

Inquieto de nuevo, el senador dijo:

—No podrán hacerlo. Le faltan testimonios. Su única base radicaba en el recibo que acabo de quemar.

—Se equivoca. Suponiendo su reacción, le entregué una copia, hábilmente falsificada. ¡Quieto, no se mueva! Lamentaría tener que matarle... tan pronto.

En la mano derecha de Velja Brothers apareció una «Browning» último modelo, inmovilizando a Gerald, que había intentado empuñar un arma depositada en uno de los cajones de la mesa.

—¡Levántese! —le ordenó el austríaco—. Empieza a agotar mi paciencia.

El aludido obedeció, murmurando:

—Se equivoca... Yo no quise.

—¡Cállese! —La palabra sonó como un trallazo—. He intentado tratarle como a un caballero. Le hablaré con más claridad. Es usted un cobarde. Incapaz de labrarse un porvenir por sí solo, recurrió a malas artes y ahora se niega a pagar a los que le sirvieron. Admiro a los que, con riesgo de su vida, consiguen sus propósitos, porque, aunque sean unos canallas, se burlan de la muerte. Usted y los de su ralea carecen de hombría para enfrentarse al mundo y vencerle en noble lid, cara a cara.

Sin perder de vista a su enemigo, cogió con la mano izquierda la cartera de mano que contenía los billetes. El senador le

contemplaba como hipnotizado. En un momento, sus esperanzas de salvación se disiparon. Con voz temblorosa, comenzó:

—Podemos llegar a un término medio...

—No siga. Pierde el tiempo. Mañana a mediodía vendré por su respuesta...

Velja Brothers abandonó la estancia cerrando la puerta de un violento portazo. Harold Gerald quedó unos instantes inmóvil. Su rostro reflejaba una viva desesperación. Repiqueteó el timbre del teléfono con machacona insistencia. Cogió el auricular.

—¿Quién es?

—Desde el otro lado del hilo le contestó una voz de mujer:

—Son las nueve de la noche y has quedado en llevarme al «*music-hall*» de Andrew Carnesie[1]. Trabajas demasiado. Temo que me voy a tener que enfadar.

—No, hija. Cenaré en cualquier restaurante y me reuniré contigo en el palco. Es el de siempre. Los porteros no te pondrán inconveniente.

—De acuerdo, papá. No te retrases.

—No, Janet. Te lo prometo.

Colgó el microteléfono, y con semblante preocupado se asomó a uno de los amplios ventanales de su oficina de la calle Treinta y Tres, frente al Waldorf Astoria, el hotel de fama universal de dieciséis pisos de altura, que se halla enclavado en la Quinta Avenida, en la manzana que forma con las calles Treinta y Tres y Treinta y Cuatro.

A sus pies se apiñaba una multitud apresurada. Pensó con tristeza que cualquiera de los hombres era más feliz que él. Agobiado por las amenazas de Velja Brothers, se trasladó a Nueva York desde Washington, con el pretexto de urgentes ocupaciones. Para justificar su permiso se instaló en su oficina que regentaba su pasante Alfred Vance, a quien encargó de sus pleitos, que aumentaban de día en día. Su fama de abogado iba en consonancia con sus triunfos de senador.

Sonrió amargamente encendiendo un cigarrillo. Era mejor afrontar las consecuencias, terminar con aquel estado de cosas.

Abrió la caja de caudales extrayendo el sobre que despertó las sospechas de Velja Brothers. Le contempló. Iba a hundir su nombre en el oprobio. Su honor se lo reclamaba así...

En el «*music-hall*» reinó un absoluto silencio. El director de la Orquesta de Cámara de Filadelfia alzó la batuta atacando los primeros compases de «Sigfrido», de Ricardo Wagner.

La joven que ocupaba uno de los palcos próximos a los músicos, se abstraía tanto, que olvidó su enojo por la tardanza de su padre. Le impresionaba la grandiosa música del genio alemán.

Una salva de aplausos la hizo reaccionar. Terminaba uno de los pasajes más emotivos de la genial obra.

Consultó su reloj de pulsera, e, inquieta, sin saber por qué, salió al amplio «*hall*» penetrando en una de las cabinas telefónicas. Depositó una moneda en la ranura del automático y se puso en comunicación con el despacho de Harold Gerald. Tan enojada estaba, que apenas la contestaron comenzó a hablar:

—Eso no es serio, papá. Me dijiste que...

—¿Es usted la hija del senador? —La interrumpieron.

—Sí. ¿Sucedó algo?

Hubo un breve silencio. Una voz distinta le contestó. Era Alfred Vance, el pasante de su padre.

—Hola, Janet. Ven enseguida. Ha ocurrido un... accidente. ¿Tienes ahí el coche?

—Sí; he traído mi pequeño «Ford». ¿Le pasa algo a...?

—No pierdas tiempo —le interrumpió el abogado—. Es muy importante.

Colgaron el auricular, impidiéndola formular nuevas preguntas. Janet, angustiada, se dirigió a la salida, montando en su automóvil. Mientras conducía, con los dedos contraídos en el volante, su zozobra aumentaba.

Necesitó de toda su serenidad para no arrollar a los agentes del tráfico, vulnerando sus órdenes y las de los discos luminosos. Se contuvo en la certeza de que perdería más tiempo en abonar la multa.

Quince minutos más tarde, la joven llegó a la Quinta Avenida torciendo por la calle Treinta y Tres. Creció su alarma al ver a la puerta del edificio donde su padre tenía el despacho a dos vehículos de la Patrulla Móvil.

Despreciando los servicios del ascensor, salvó los dos pisos y, doblando el recodo de un pasillo, llegó a la puerta de cristales, en los que se leía en gruesos caracteres: «Harold Gerald Swacker.

Lawyer»[2].

Vió luz en el interior y entró decidida al pequeño recibimiento donde Alfred Vance, el hombre de confianza de su padre, charlaba con un individuo de gran estatura y bigote recortado a lo Hitler. Al verla llegar, el abogado, joven de unos treinta años, se le aproximó.

—Hola, Janet.

—¿Qué pasa, Alfred?

—Malas noticias. Has de tener valor. La vida nos ofrece terribles momentos.

—¿Y papá?

—Ha muerto. Al parecer se trata de un suicidio, pero la Policía no acaba de convencerse. Afirma que el balazo le produjo instantáneamente la muerte. El cadáver está en distinto lugar al que cayera. Los fotografías...

La muchacha no le escuchaba ya. Antes que nadie pudiera oponerse, entró en el despacho, donde trabajaban dos hombres. Uno retratando el cuerpo, el otro a la busca de huellas.

Janet quedó paralizada en el umbral. Luego, con un admirable dominio de su voluntad, se aproximó al sangrante Harold Gerald, arrodillándose junto a él. Vencida su entereza, gimió:

—¡Papá!... ¡Papá!...

Alguien la alzó con dulzura, cogiéndola por los hombros.

—Has de ser valerosa. Nada nos resta que hacer aquí. Ven.

La joven se dejó conducir por Alfred Vance, que preguntó al hombre con el que charlaba:

—¿Se queda, inspector?

—No. Voy a Jefatura a informar al comisario. Regresaré dentro de unos minutos. Louis...

—A la orden.

—Esperad la llegada del forense y advertirle que no cambie la postura del cadáver. Volveré.

—Así se hará.

Douglas Dumesnil miró a su subordinado con una chispa de burla en sus redondos ojos.

—No lo dudo. Sería la primera vez que alguien dejara de cumplir lo que yo mando.

Salió con Alfred Vance y Janet, dejando solo a los dos policías.

—No llegarás nunca a sargento, Louis. El inspector no gusta que

nadie le conteste. Pese a su bondad, tiene un genio insufrible. Lo más raro es que acaba uno queriéndole.

—Mal asunto, James —respondió el aludido, obsesionado por una idea fija—. Este señor ha tenido la mala ocurrencia de pegarse un tiro sin pensar en que mi novia me aguarda en un «*night-club*». Pese a lo que dice Dumesnil, me inclino a creer en el suicidio. El sobre dirigido al

F. B. I.,

que apretaba en su mano derecha me hace pensarlo así. ¡Fíjate!

El agente, que mientras hablaba procedía a fotografiar el cuerpo, dejó a un lado la cámara fotográfica, examinando de cerca el cadáver.

—El dedo índice está roto. Da la sensación de que después de muerto le fracturaron el hueso al intentar abrirle la crispada mano.

James se acercó a comprobar lo que su compañero indicaba.

—Tira una placa. Es interesante. Ese zorro de Dumesnil debió de observarlo y se lo calló.

Louis obedeció, y terminada su labor, se sentó en una de las sillas del despacho, recorriendo el aposento con la mirada. No había ninguna huella de lucha. La pistola, caída, tenía en su culata las huellas dactilares del muerto. Comentó en alta voz:

—Fue una suerte que el sereno de noche oyese el disparo. Afirma que no vio a nadie. Eso complica más el asunto.

—Sí —contestó James—. Me gustaría saber lo que va a tardar el juez. Puede presentarse de madrugada.

Como dando un mentís a sus palabras, sonaron unos pasos en el vestíbulo, y en el umbral de la puerta se recortaron las siluetas de dos enfermeros enfundados en inmaculadas batas blancas. Detrás de ellos, un hombre de rostro anguloso y largas patillas.

—Soy el juez Alan —se presentó—. Después, volviéndose a los que le acompañaban, ordenó—:

—Llevaos el cadáver.

—Ha dicho el inspector Dumesnil que no lo toquen hasta su regreso —respondió James, volviéndose a su compañero—. ¿No es así, Louis? ¿Qué diablos te pasa?

—Nada. Usted no es el juez Alan. Le conozco personalmente.

—Vamos, muchacho, no dispare. Le presentaré mi documentación. Creo que será suficiente para refrescar su memoria.

Antes de que los policías consiguieran reponerse de su asombro, el individuo sacó un revólver de reglamento, encañonándoles:

—¡No se muevan! Puede temblarme el pulso y...

La frase incompleta era una clara sentencia de muerte. Los enfermeros se abalanzaron contra los policías esgrimiendo llaves inglesas de las llamadas de nudillos. Sin vacilaciones, de dos brutales golpes fracturaron los cráneos de James y Louis.

—Esto se complica, Gilli. Hemos venido por un muerto y no por tres.

—No seas necio ni pierdas el tiempo en bromas —reconvino ásperamente el falso juez. La orden que tenemos se reduce a Gerald.

Depositaron el cuerpo del senador en la camilla, trasladándole a la ambulancia. Un grupo de curiosos comentó algo, pero un hombre de uniforme, que custodiaba la entrada, dijo:

—Vayan a lo suyo.

El vehículo sanitario arrancó, perdiéndose a lo lejos.

Apenas habían transcurrido unos minutos, cuando una nueva ambulancia se detuvo en la calle Treinta y Tres. De ella saltaron Douglas Dumesnil, con una agilidad impropia de sus noventa y cinco kilos de peso, y un hombre bajo, de rostro ancho y manos largas. La cara de asombro del policía llamó la atención del inspector:

—¿Qué le ocurre? ¿Es la primera vez que me ve? Tuve la suerte de encontrar en Jefatura al juez Alan y vine con él. Hay que ahorrar la gasolina del Gobierno.

—¡No es posible!... —balbució, consternado, el agente—. Entonces ese hombre era un impostor.

—¿Qué hombre? —bramó Dumesnil—. No podemos perder tiempo oyendo sus sandeces.

—El otro juez. Acaba de marcharse llevándose el cadáver.

—¿Qué dice, desgraciado?

El inspector dio un violento empujón al policía, subiendo las escaleras a la máxima velocidad. El cuadro que se ofreció a sus ojos le hizo palidecer. Se volvió a Alan, que le miraba.

—El senador sigue interesando aun después de asesinado. Por fortuna me llevé el sobre del

F. B. I.

Tal vez era eso lo que buscaban. ¡Pobres muchachos! Llave de

nudillos.

Arrodillado, examinó los cadáveres, incorporándose. Su rostro reflejaba un profundo dolor.

—Eran dos valientes. Debí proponerles para sargentos hace dos meses...

Un relámpago de inteligencia brilló en los ojos de Dumesnil. Sus sospechas se confirmaban. El juez animó al inspector:

—No se entristezca. Nadie puede prever el futuro. Lo interesante es capturar a los criminales.

—Me encariño demasiado con mis hombres, considerándoles un poco hijos míos. Tenga la bondad de ordenar su traslado a nuestro Departamento. Haré que se les rindan los honores que merecen.

Se sentó en el sillón de la mesa de despacho, y sus ojos repararon en la máquina fotográfica abandonada. Se incorporó para recogerla, guardándosela en uno de sus amplios bolsillos. Luego, acomodándose de nuevo, sacó la carta dirigida al «Federal Bureau of Investigation», cuya blancura había sido humillada por unas manchas rojizas. Sería interesante saber su contenido.

Telefonó al

F. B. I.

esforzándose en vencer la animosidad que sentía hacia la institución que gozaba en los Estados Unidos del máximo prestigio. El inspector Dumesnil, sanguíneo, de recia personalidad humana, no perdonaba a la Policía Federal su libertad de acción ni los métodos expeditivos a que les autorizó el Senado. Ellos, en cambio, veíanse forzados a trabajar por procedimientos deductivos, rindiendo estrecha cuenta a sus superiores, que controlaban sus iniciativas, anulándolas a veces. Se puso al habla con el agente Richard Miller, saludándole cordialmente. Recordaba que en una ocasión le salvó la vida.

—Hola, amigo. Le espero en el número doce de la calle Treinta y Tres. Hay algo que le interesará. Han asesinado al senador Gerald —oyó una exclamación y, sonriendo, repuso—: Tendrá que tomar algo para los nervios.

—No bromea, inspector. Tardo diez minutos en reunirme con usted.

Solo, Dumesnil se abstraía en sus no muy gratos pensamientos. Si Harold había sido víctima de un crimen, ¿por qué los asaltantes no se llevaron el sobre? ¿Acaso no le vieron? Tal vez la llegada del

sereno de noche les impidió actuar con libertad.

Sin embargo... ¿por qué no utilizaron un silenciador, en vez de armar tan formidable estrépito?

Los interrogantes se precipitaban, sin posible respuesta. Quizá el mensaje al

F. B. I.

lo resolviera todo.

Entró el juez Alan a comunicarle que nada tenía que hacer allí.

—¿Me necesita?

—No, gracias. Espero una visita.

—Procure acostarse pronto, Douglas. Está agotado.

—Lo sé. Llevo treinta y seis horas sin dormir. Por fortuna, aclaré el caso anterior. No hubo robo. La dueña de la casa pretendió hacerse pagar un elevado seguro por las joyas que había vendido. Hasta luego.

—Adiós.

El juez se cruzó en la puerta con un hombre alto y delgado, de mirada penetrante y ademanes nerviosos.

—Hola, inspector. ¿Qué tal se encuentra?

—Cansado. Escúcheme sin interrumpirme. No quiero repetir más veces la historia. Es lo que más me molesta.

El del

F. B. I.

esbozó una sonrisa que murió apenas nacida ante el gesto hosco de Dumesnil, que sin omitir detalle le puso al corriente de lo sucedido, terminando:

—Robaron el cadáver, matando a dos de mis mejores agentes. ¡He de encontrar a esos canallas! ¿No abre ese condenado sobre?

—No puedo hacerlo. Va dirigido a John Edgar Hoover. Me trasladaré a Washington y...

—Mientras tanto —le interrumpió, sarcástico, Douglas—, los asesinos habrán escapado. Creí que ustedes saltaban por encima de disciplinas y reglamentos.

—Se equivocó, inspector —la voz de Richard Miller sonó impresa de una singular energía—. En el

F. B. I.

respetamos la ley y actuamos bajo el triple lema de Fidelidad, Bravura e Integridad. Espero que un día no lejano usted y los que

piensan del mismo modo dejen de calumniarnos.

Douglas Dumesnil se incorporó.

—Oiga, pollito —empezó.

—¡Bastante ha hablado antes! Ahora le toca escuchar. El «Federal Bureau of Investigation» tiene unos estatutos que cumplimos hasta la muerte, y entre ellos figura el respeto a los documentos públicos, a las vidas ajenas y, sobre todo, a nuestros superiores. Supongo que no nos denominará como los necios o los malintencionados «gangsters» al servicio del Gobierno.

Las mejillas de Richard Miller se habían coloreado por la excitación. El inspector, pasado su arrebató de cólera, le contemplaba con marcado gesto de burla, que acabó de irritar al bravo agente del

F. B. I.

—Extirpamos de nuestras filas el soborno y la traición. ¡No puede la Metropolitana decir lo mismo! Hace poco han sido procesados cientos de altos funcionarios de la Policía a que usted pertenece. Sé que no nos tiene cariño porque nos envidia.

—¿Terminó ya?

Richard, que conocía el carácter levantisco de Dumesnil, le miró sorprendido. El tono de voz de Douglas era mesurado.

—Sí.

—Entonces, deme su mano. A veces me comporto como un animal. Envidio a una institución que cuenta con hombres como usted.

Agobiado por la generosidad del inspector, Miller se disculpó:

—Yo también pierdo a veces los estribos. Daré el sobre al inspector Fulton y él decidirá. ¿Le recuerda? Acaba de venir de Méjico de resolver un feo asunto de contrabando de drogas.

—Actuamos juntos en una ocasión. Es un gran tipo...

—Gracias, Douglas. Desde hoy, rompiendo mi costumbre, hablaré bien de usted.

Un hombre de unos cuarenta años atravesó la habitación, saludando cordialmente a los que en ella se encontraban.

—¿Cómo adivinó? —preguntó Richard.

—Me dieron la noticia y no dudé en trasladarme a aquí. ¿De qué se trata?

—Hable, Richard. Tengo la boca seca de tanto contar lo mismo.

El agente no se hizo repetir la indicación y puso en antecedentes a su superior, que, sin palabras, se acercó al teléfono, solicitando conferencia oficial con Washington.

—Es urgente —apremió—. No cuelgo. Localice al director del F. B. I.

Es posible que se halle trabajando aún en su oficina.

Hubo un breve silencio. Douglas y Miller miraban a Larry Fulton, que habló con marcada deferencia.

—Señor Hoover. Perdona que le moleste, pero...

—No importa. Ahorremos tiempo.

El inspector reconoció el carácter de su jefe, hombre acostumbrado a no perder ni un minuto. Con frase concisa informó de lo ocurrido, preguntando:

—¿Abro el sobre?

—Si —le autorizaron—, pero si en él no hay nada que lleve a la captura de los malhechores ha de olvidársele lo que lea. Mañana, sin falta, me lo envía. Me temo que el caso sea más importante de lo que suponemos.

—De acuerdo.

Larry Fulton, sin aparentar ansiedad, rasgó el papel, depositando en la mesa de despacho varios documentos, que leyó cuidadoso, guardándoselos en el bolsillo.

—Me han prohibido enteraros de esto —dijo a sus dos compañeros—. Nos hallamos ante uno de los hechos más trascendentales de la moderna criminología.

—¡Yo necesito vengar a mis hombres! Le aseguro que seré discreto.

—Lo sé, más no es posible. Para su tranquilidad, le diré que el F. B. I.

se hace cargo de este asunto.

—¡No! —barbotó el inspector, enrojeciendo—. No me basta. Le aseguro que, con permiso o sin él, buscaré a los asesinos de James y de Louis. Si usted no se comporta con la misma sinceridad que yo, seremos enemigos en las investigaciones. No puedo tolerar que...

—Cálmese, Dumesnil. Las leyes federales han sido vulneradas. Además, el caso cae concretamente en el círculo de investigaciones emprendidas por la Comisión Senatorial del Crimen. Lamento que se enoje. Vamos, Richard. Hemos de buscar ese cadáver. Sin duda

hay en él algo comprometedor. Hasta la vista, inspector.

El aludido no contestó. Una vez solo maldijo al

F. B. I.,

y concibió un propósito.

Abandonó el despacho, dirigiéndose a su domicilio, sito en la avenida Fulton, en Brooklyn, el municipio neoyorquino llamado el «dormitorio de Nueva York». Su casa le pareció más abandonada que nunca. Se notaba la ausencia de esas manos femeninas que hacen agradable el hogar.

Evocó a July, la única mujer a la que había querido, no pudiendo contener una sonrisa al recordar su primer encuentro, en el que la impuso una multa de cinco dólares por contravenir las leyes dictadas sobre velocidad en Nueva York. Entonces era un simple agente motorizado.

Se vieron varias veces. Una tarde, comprendiendo que se amaban, se apartó de ella. Nunca olvidaría las palabras que pronunció: «Cualquier día me matarán. No quiero dejarte viuda en plena juventud». July, pasado el tiempo, se casó con un financiero.

Se desnudó despacio, con el pensamiento ausente, y no tardó mucho en quedarse dormido. Su sueño fue inquieto, turbado por pesadillas.

Despertó tarde, con un formidable dolor de cabeza. Se estaba haciendo viejo. El agua fría de la ducha le devolvió la vitalidad.

Se trasladó a su despacho de la Jefatura. Sobre su mesa vió una serie de informes acerca de la historia y la actuación de Harold Gerald. Los estudió con detenimiento, no pudiendo contener una exclamación de sorpresa. Acababa de ver el nombre del marido de July, Henry Pahissa, entre los últimos visitantes del senador.

Sería una casualidad. Eran tantos sus negocios que no resultaba extraño que hubiese acudido a su despacho a recomendarle algún asunto de importancia. Siguió mirando fichas, y otro individuo atrajo su atención. Velja Brothers. Leyó su historial. Austríaco, de origen dinamarqués. Perseguido por la Gestapo, se trasladó a los Estados Unidos, nacionalizándose. Obtuvo créditos y se hizo dueño de una granja en Nueva Jersey, abandonándolo todo para luchar como voluntario en la Infantería de Marina. Los primeros meses fue vigilado como posible agente del espionaje alemán, más sus actos heroicos disiparon las sospechas. Después de la guerra había sido

detenido tres veces por desacato a la autoridad, imponiéndosele fuertes multas, que pagó en la cárcel. Se explicaba. A su regreso del Pacífico encontró sus tierras abandonas, habiéndole desaparecido sus tractores y las herramientas agrícolas, que constituían su fortuna. Reclamo ante las autoridades, que, calificándolo de hurto, fracasaron en sus investigaciones. Un Banco le ofreció dinero. Lo rechazó, afirmando que no colaboraría en el engrandecimiento de un país de ladrones. Fue su primer proceso.

¿A qué habría ido Velja Brothers a ver al senador?

Dumesnil tamborileó con los dedos en la brillante superficie de la mesa. Pulsó un timbre. Entró un agente uniformado:

—¿Llamaba?

—Sí. Vaya con un compañero a estas señas y tráigame al señor Brothers.

—¿Detenido?

—A ser posible, no... Necesito hablar con él. —A la orden.

Salió el policía, regresando una hora más tarde.

—Aguarda fuera, inspector.

—Hágale pasar.

Minutos después, Douglas Dumesnil miraba fijamente al hombre de rostro anguloso y labios delgados, que inquirió, violento:

—¿Le gusto? Supongo que no me confundirá con una cupletista.

—Siéntese y modere sus modales. Le he mandado traer porque sospecho de usted como asesino de Harold Gerald.

Lanzó su acusación al azar, esperando hallar otro resultado que el que obtuvo. Velja Brothers se incorporó, airado.

—¡Es usted imbécil! —Le insultó.

Los ojos de Dumesnil centellearon de mal reprimida cólera. Haciendo un gran esfuerzo, prosiguió, conciliador:

—Me temo que sufra el cuarto arresto por desconocer los modales. No me interrumpa. También sé sus meritorios actos de valor en la pasada campaña. Necesito saber por qué vió al senador.

—Muy sencillo. He agotado los pocos dólares que me restaban de la venta de mi granja y deseaba colocarme. ¿Algo más? No puede detenerme sin pruebas. Cualquiera día de éstos me encerrarán unos años por romperle los huesos a algún inspector. No tengo fe en la Metropolitana. Fue incapaz de descubrir a los que me sumieron en la ruina.

—Márchese, Velja. No quisiera encarcelarle, y si sigue hablando así, voy a tener que hacerlo. No salga de Nueva York sin mi autorización. Le pesaría.

—Haré lo que se me antoje.

Velja Brothers dio un portazo, alcanzando la calle. Douglas Dumesnil sonreía. Le era simpático aquel hombre...



**Pidan los inigualables cuadernos de
AVENTURAS DEL F. B. I.**

**A
EDITORIAL ROLLAN
SAN BERNARDO, 68.—MADRID**

II



L «Rolls-Royce», conducido por la experta mano de Janet, corría por la avenida Fifth en dirección al cementerio Greenwood. La joven, con un admirable dominio de sus nervios, fruto de su educación deportiva y de los años de enfermera en el ejército del Pacífico, no quiso que nadie la acompañara en la primera visita a la última morada de su padre, el senador Harold Gerald. Alfred Vance la advirtió:

—Es mejor que vaya con usted.

—De ninguna forma —negó ella resueltamente—. Bien. Entonces, la espero a comer en el University[3]. No debe rechazar mi invitación. Necesita distraerse.

Janet se extrañó de la fidelidad con que el breve diálogo quedó grabado en su memoria. Lo recordaba ahora, a la misma puerta del camposanto.

Penetró decidida entre cruces y túmulos de mármol, que brillaban al recibir los rayos de un sol mañanero, preludio de un día caluroso. Llevaba en el bolso una tarjeta indicadora del emplazamiento de la sepultura. Un empleado se acercó, respetuoso:

—¿Puedo servirle, señorita?

—Sí. Busco la tumba dieciséis del bloque cuarto.

—Venga conmigo. Yo la llevaré.

Anduvo indiferente a lo que le rodeaba. El silencio era denso.

—¿Falta mucho? —inquirió, impaciente.

—Ya hemos llegado. ¿Quiere algo más?

—No. Tome medio dólar.

Sacó una moneda, entregándosela al hombre, que agradeció:

—«Thanks».

Una vez sola, la muchacha contempló la losa de mármol bajo la que reposaban los restos de su padre, días antes pletórico de vitalidad. No pudo contener un sollozo.

—Debe tener resignación, señorita —dijo una voz de mujer a su espalda—. En la vida hay que saber perder.

Se volvió, dominándose en un supremo esfuerzo. Ante ella, una muchacha de aspecto provocativo, intentaba sonreírle con simpatía. Llevaba en sus manos un ramo de flores rojas, que depositó en la sepultura, enjugándose los ojos con un pequeño pañuelo de batista rameada.

—Usted, ¿quién es? —inquirió Janet.

—Su amiga íntima. Me llamo Midge Dillar. Íbamos a casarnos.

El asombro de la joven no tuvo límites.

—¿Casar? No la entiendo.

—Es natural, querida. Me rogó que guardáramos el secreto por una temporada. No deseaba perjudicar su carrera política, ni tampoco herir sus sentimientos. No se moleste si afirmo que fui su mejor consejera y que ahora que las balas de unos malhechores han destrozado su existencia tengo la conciencia tranquila. Le avisé a tiempo.

—Ignoraba...

—Hay muchas cosas que ignora, querida —la interrumpió Midge—. Entre otras, que el cadáver fue robado. Pese a los esfuerzos de la Metropolitana y del

F. B. I.,

no consiguieron rescatarle. Ayer mañana recibieron una arqueta conteniendo cenizas y una nota, que conserva el inspector Larry Fulton. ¡Habían incinerado los restos de su padre, para que no pudieran servir de prueba condenatoria! Seguí paso a paso las investigaciones. Usted se hallaba en cama, aquejada de fuertes dolores de cabeza. En la guerra la estalló una bomba cerca y los disgustos la producen una fuerte neuralgia...

—¿Cómo sabe?

—Le amaba con todo mi corazón. Nada de su vida ni de su muerte me es desconocido. Me habló mucho de su pequeña Janet. ¿Quiere?

Midge Dillard sacó de su bolso un paquete de «Philip Morris». La hija de Harold Gerald tomó un cigarrillo con mano nerviosa, encendiéndolo. Hubo una larga pausa, en la que las dos mujeres se estudiaron. La que se decía prometida del senador era alta, bien formada, de labios gruesos y sensuales. Sus ojos cambiaban rápidamente de expresión y eran poseedores de una elocuencia extraordinaria. «Si no se pintara tanto sería bonita. Debe tener pocos años más que yo», pensó Janet.

—Si te parece, nos tutearemos —insinuó Midge—. Las dos somos jóvenes y cada una, de forma distinta, amábamos a Harold. ¡Caro pagó su único error!

—¿Qué dice? ¿A qué error se refiere?

—A ninguno. Creí que no había expresado mis ideas en alta voz. No se preocupe. Vámonos.

—¡No me iré! —Se revolvió la muchacha—. ¡Tiene que decirme lo que sepa de mi padre!

—Lo haremos nosotros. Sean obedientes y no les ocurrirá nada.

Las dos mujeres volvieron, sorprendidas, la cabeza. Ante ellas había cuatro hombres ataviados con trajes oscuros y detonantes corbatas de colorines.

—¡La hija y la novia! —exclamó uno de ellos, con ironía—. Dos tiernas palomas que caen en manos de los gavilanes. El senador era un hombre afortunado. Seguramente a nosotros no nos llorará nadie...

Algunos rieron. Janet, súbitamente encolerizada, insultó:

—Sólo unos cobardes se pueden portar como ustedes. ¡Márchense o llamaré a la Policía!

El que primero habló, acercándose, clavó brutalmente sus dedos en el brazo de la joven.

—Eres la primera persona que vive unos segundos después de haber llamado cobarde a Stephen Mégara. ¡Ve delante de mí o no podré contenerme!

—¡Déjela, bruto! —intervino Midge Dillard, arañando al «gángster» la mano con que sujetaba a la muchacha.

Stephen cruzó la cara a la mujer, derribándola contra un macizo de césped.

—¡Quieta, víbora, o te aplasto la cabeza!

Los ojos de Midge lanzaron a sus raptores una mirada de ira. Incorporándose, se puso al lado de Janet, que, agradecida por la defensa, la cogió del brazo.

El grupo llegó a un «Studebaker» negro. El que parecía mandar a los indeseables ordenó:

—¡Subid! A la menor desobediencia os estrangulo. Me hartan las contemplaciones.

Obedecieron y minutos después, el vehículo se puso en marcha, encaminándose en dirección a la dársena Atrantic. Janet sintió sobre su mano la de su compañera de infortunio:

—No temas. No nos sucederá nada. ¿Qué iban a ganar con nuestra muerte?

La muchacha la miró con gratitud.

—Gracias. Me asusté al principio. Ahora, lo peor que pueden hacerme es privarme de una vida que me pesa. No me preocupa.

—No digas eso. Eres joven y tienes derecho a ser feliz. Toma otro pitillo. Te calmará los nervios... ¿Dónde nos llevan?

—Ya os enteraréis —gruñó el «gángster» al que se dirigieron—. Si me permitís un consejo, no opongáis resistencia. Del «boss» no se ríe nadie...

Las mujeres no contestaron. Estaban seguras de que habían caído en manos de los asesinos del senador.

El coche aflojó la marcha en las inmediaciones de uno de los grandes almacenes de la dársena Atrantic, penetrando en él a través de la ancha puerta, que se cerró a sus espaldas.

—Bajad. El jefe os espera.

Atravesaron grandes montones de mercancías, llegando a un pequeño despacho situado en el fondo del local. Un hombre, vestido

elegantemente, se levantó de detrás de una mesa para recibirlas.

—Bien venidas, señoritas. Siéntense. Les pido perdón si les han tratado con alguna rudeza. Aunque de toscos modales, no son malos chicos. Acomódense. He de charlar principalmente con usted, señorita Janet.

Sorprendidas por el tono melifluo del «boss», las muchachas obedecieron. Midge, nerviosa, explicó:

—Ella no sabe nada de las verdaderas actividades de su padre. Yo os obedeceré en todo. ¡Dejadla!

—Cállese o me verá obligado a separarla de su amiga —respondió el individuo, sin perder su habitual sonrisa—. Salid fuera. Ya os llamaré si os necesito.

Obedecieron los «gangsters». El jefe de la cuadrilla de indeseables comenzó:

—Me llamo Thomas Romaine. Fui uno de los que intervinieron activamente en las elecciones de Harold Gerald, consiguiendo que fuese elegido senador. Puse en marcha mi extensa organización para servirle, previo su consentimiento. Por favor, señorita, no me interrumpa. Lo que voy a decirle ahora se lo probaré luego. No quiero entretenerlas demasiado, a no ser que sean poco comprensibles. Continúo. Merced a mi dinero y a mis influencias, su padre consiguió la elevada posición política de que disfrutaba, a cambio de cumplir determinadas promesas. Le pagábamos abundantes sumas de dinero y él nos obedeció siempre, pero hace unos días se negó a hacerlo. Tuvimos que matarle. Había traicionado a su patria e iba a hacerlo también a nosotros.

—¡Miente! —gritó Janet, incorporándose—. Él era un hombre de honor.

—No se exalte. No es de buen gusto. Queden las brusquedades para mis pistoleros y no para las personas bien educadas. Prosigo. En realidad, ya falta poco. El que le mató cometió la torpeza de dejar sus huellas en la ropa del muerto, especialmente en una de las mangas. Eso nos obligó a robar el cadáver. Sin embargo, como no queríamos privarla a usted del consuelo de rezar ante su sepultura, devolvimos las cenizas, a fin de que fuesen enterradas. ¡Un rasgo de delicadeza que debe agradecerme!

El cinismo del que dijo llamarse Thomas Romaine desconcertaba más y más a la muchacha.

—Ayer leí en los periódicos que el Senado ha hecho constar en acta su sentimiento por la muerte de Harold Gerald. Todos le creen un hombre honorable. Sólo nosotros tres sabemos la verdad. De usted depende, señorita, que la memoria de su padre no se manche.

—No le entiendo.

—Le haré un razonamiento. Acostumbro a conseguir lo que deseo por la convicción. Heredará los bienes de su progenitor. La ley de la herencia es implacable. Los hijos de los epilépticos suelen nacer con esa enfermedad, y los de los reyes, príncipes. Pretendo que usted herede lo bueno y lo malo. Es decir, el nombre, la posición y la fortuna de Harold Gerald, y también el único compromiso que le restaba por cumplir. Si me obedece, nos olvidaremos de que el senador ha existido, entregándola las pruebas que pueden cubrir su cadáver de oprobio; si no lo hace, antes de veinticuatro horas, los Estados Unidos le maldecirán. Vea. Aquí tiene un recibo, que dice así: «He recibido del sindicato de Nueva York la cantidad de quinientos mil dólares, comprometiéndome a actuar a sus órdenes». Le será fácil reconocer la firma.

Le entregó un trozo de papel. Janet, palideciendo, reconoció la letra. Sollozó:

—No puedo creerlo... no puedo...

Hundió la cabeza entre sus manos, en un gesto de abatimiento. Thomas Romaine se dirigió a un pequeño armario del fondo, sacando varias botellas de licor. Preparó tres combinados con mucha soda, entregándole uno a la joven, que no cesaba de gemir.

—Bébalo. Le tranquilizará. La tengo por valerosa.

Janet tomó el vaso con mano trémula.

—¿Qué quiere que haga?

—Necesito que obtenga de la Delegación que en Nueva York tiene la Oficina de Narcóticos una determinada carpeta. Nosotros fotografiaremos sus documentos y la pondrá de nuevo en su sitio. Todo será cuestión de una hora y no correrá el menor riesgo. Anslinger[4] se ha trasladado desde Washington, ignoro por qué razón, trayendo consigo el «dossier» que nos interesa. Por su apellido no le será difícil obtener un emplee en su oficina. ¿Qué le parece?

—Una canallada, que no permitiré se realice. Por no hacer eso murió mi padre. Yo seré digna hija suya —replicó Janet, con

firmeza.

—No me ha entendido bien. No se trata aquí de su honor, sino del de un destacado político de su patria. En los tiempos de desorientación moral que corremos, cuando los soldados mueren en Corea, no agrada mucho a las madres de los combatientes ni a los combatientes mismos saber que los hombres que rigen la nación comercian con su sangre. Consíganos esos papeles y la dejaremos tranquila.

—¡No lo hagas! —aconsejó Midge Dillar, excitada.

Thomas Romaine pulsó un timbre y la puerta se abrió, dando paso a Stephen Mégara.

—Trátala a tu modo hasta que te avise. No repares que es una mujer...

Horrorizada, Janet vio cómo se llevaban a la novia de su padre.

—¿Qué van a hacer con ella? —inquirió.

—Ahora lo oírás. Si alguien se entremete en mis asuntos me convierto en un ser peligroso.

Un grito de dolor heló la sangre en las venas de la muchacha.

—¡No la peguen!

Continuaban los gemidos. Romaine, impasible, siguió hablando:

—Conozco a las personas. Sé que estaba decidida a prestarnos esa única ayuda. Mientras no se decida a decir que sí estarán apaleándola. No se demore o morirá. Mis hombres se han habituado a enfrentarse con recios forajidos y sus puñetazos son espantosos. ¿No oye cómo se divierten?

Mezclados con los ayes de dolor de Midge se escuchaban las carcajadas de los «gangsters».

—¡Canallas!... ¡Canallas!...

—Vamos, Janet. Sé que es usted valiente y las amenazas no la acobardan. Salve el buen nombre del senador y la vida de esa mujer. Tiene un minuto para decidir.

—Acepto.

El «boss» llamó al timbre y apareció un «gángster».

—Dejadla. Encargaos de que la curen y luego ponedla en libertad. No os necesito. Podéis marcharos. Esta noche en el lugar de costumbre.

—De acuerdo, jefe.

Thomas Romaine, encarándose con la muchacha, la dio

minuciosas instrucciones, terminando:

—Recibirá en su casa la colocación deseada. Solicítela por escrito, invocando sus servicios y el nombre de su padre. Diga que desea continuar trabajando en pro de la nación. De lo demás me encargo yo. A la puerta encontrará su «Rolls-Royce». Lo trajo uno de los muchachos. No informe a la Policía. Si intenta hacerlo facilitaré fotografías de este recibo y de varias cartas a los principales periódicos. Además, es posible que corriera una desagradable aventura.

—¿Matarme?

—Peor. La entregaríamos a un tratante de blancas. Aún existe ese comercio.

Un estremecimiento sacudió a la muchacha, que inquirió:

—¿Me permite decirle lo que pienso de usted?

—No. Está muy excitada y podría enfadarme. Adiós. Tenga mis cigarrillos. Es una marca casi desconocida en Norteamérica, «Abdullahs».

—Gracias. Fumaré de los míos. Ordene que venga conmigo Midge Dillard. Yo la atenderé.

—No es posible. Irá a un médico de confianza. No tardará en reunírsele. Le garantizo que no la ocurrirá nada.

Sin una palabra más, Janet, con paso firme, salió de la amplia nave. Como Thomas Romaine anunciara, su automóvil se hallaba a pocos metros. Montó en él, poniéndolo en marcha. Entonces, desaparecida la tensión nerviosa, pensó en las inesperadas revelaciones, asociándolas a las que Midge iniciara en el cementerio. ¡Era cierto!

Recordó a la muchacha con gratitud. ¡Había expuesto su vida por ella!

Su reloj de pulsera marcaba las dos y cuarto de la tarde. Alfred Vance llevaría esperándola más de media hora.

Pisó a fondo el acelerador. Necesitaba confiarse a alguien. ¿Estaría él enterado de los turbios asuntos de su jefe?

La respuesta la tuvo poco después:

—No, Janet. Noté en él, eso sí, un creciente nerviosismo, pero lo atribuí a exceso de trabajo. ¿Estás segura de que no te han engañado?

—No. Su prometida me insinuó algo, sin duda para informarse

de si yo conocía la verdad de las cosas.

—¡Midge!... ¡La prohibí que te visitara! Has de perdonarme. Tu padre me exigió su palabra de honor, obligándome a callar. ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé. Busco tu consejo, Alfred. Eres mi único amigo.

La orquesta interpretaba las más populares melodías. El ambiente del Club University era de suma distinción, siendo frecuentado en su mayor parte por gente joven. Grandes arañas colgaban del techo, iluminando la pista de baile. Pese a ser completamente de día, el gran salón no contaba con ningún ventanal a la calle. Dos potentes focos iluminaban en el tablado de la orquesta la figura de una «animadora». Los directivos del Club estimaban que la luz artificial favorecía los «maquillajes» de las damas...

—Estoy completamente desorientado, Janet. Es indudable que esos individuos son los que controlan no ya sólo el bajo mundo de la ciudad, sino también las elevadas esferas. Apenas les denuncies tendrán conocimiento de ello y tu suerte será espantosa. Además, la memoria del senador...

Calló, visiblemente emocionado. La joven le miró con, simpatía.

—Continúa.

—No está mal la idea de que te coloques. Harold dejó sus negocios muy embarullados y en la caja fuerte apenas si había cinco mil dólares. ¿Qué hizo con el resto del dinero? Su fortuna era de más de medio millón. Sus diarios beneficios los empleaba en campañas electorales, en propaganda y en el sustento. Lo cierto es que na dispones más que de unos cuantos billetes y algunas acciones en la American President Line, compañía naviera que uno los Estados Unidos con Manila, Shanghai, Tokio y Hong-Kong.

Precisas una responsabilidad que te libre de los recuerdos. Si esos «gangsters» cumplen su palabra, pueden consagrar el resto de su vida a luchar contra la delincuencia. Conozco bastante a Anslinger, el jefe de la Oficina de Narcóticos. ¿Quieres que te lo recomiende?

—Es mejor que todo transcurra por el cauce que han previsto. Si se enteran de Que te he informado, te matarán. Creo, como tú, que hay que seguir adelante. Cumpliré el último compromiso contraído por papá, rescatando esas pruebas. ¿A quién miras?

—A Richard Miller, un agente del
F. B. I.

encargado del caso. Me extraña verle acompañado por Douglas Dumesnil, inspector de la Metropolitana. Se llevan mal.

Los aludidos se acercaron a la mesa. Richard se disculpó:

—Perdonen que les interrumpamos. Me dijeron en su casa, Janet, que estaba aquí. Celebro que la acompañe el señor Vance. Le tenemos al corriente del curso de las investigaciones.

—Siéntese —invitó gentilmente la muchacha—. Pide dos copas más, Alfred.

Así lo hizo el abogado, y segundos más tarde, los tres hombres y la mujer charlaban animadamente.

—El Senado va a pedir al presidente la concesión de la Cruz del Mérito para el senador Gerald. En los documentos que encontramos con su cadáver se demuestra que murió heroicamente por el bien de la patria...

Janet inclinó los ojos, avergonzada. Le sorprendió la invitación del agente del Federal Bureau of Investigation:

—Bailemos, señorita.

Fue a oponerse, pero un guiño de inteligencia la hizo comprender que Richard Miller pretendía decirle algo sin que sus compañeros de mesa se enterasen. Así fué. Apenas se confundieron con las parejas de la pista, la avisó:

—Viva precavida, Janet. Me temo que pretendan envolverla en el asesinato de su padre.

—¿Cómo sabe?

—Los documentos de que le hablé, dirigidos al

F. B. I.,

son falsos. Los auténticos fueron robados por los criminales. Ignoro lo que pretenden, pero quise avisarle de lo que no es más que una corazonada. El inspector Dumesnil se reiría de mis palabras.

—Gracias. Estimo su interés en lo mucho que vale, pero creo que se equivoca. No soy sino una hija de familia carente de importancia política y social. ¿Por qué me ocultó el robo del cadáver y su devolución convertido en cenizas?

—¿Cómo lo sabe?

Los ojos del agente del

F. B. I.

se clavaron inquisitivos en los de la muchacha, que, visiblemente turbada, respondió:

—Me lo dijo Alfred Vance. ¿Qué ha supuesto?

—Nada —mintió Richard Miller—. Baila usted maravillosamente. Por desgracia pronto acabará la pieza.

Así fué. No sin premiar a la orquesta con breves aplausos, regresaron a la mesa, en la que el pasante del senador charlaba animado con Douglas Dumesnil.

Se generalizó la conversación. En un aparte, el agente del F. B. I.

sugirió al abogado:

—Debe decirle ya a Janet que incineraron el cuerpo. La Prensa de la noche dará la noticia.

—Lo haré luego...

—No... Lo he pensado mejor. Que lo lea en los periódicos. Será menos violento para usted.

—Como quiera. Puede contar conmigo. Estimaba mucho a mi jefe.

—Lo sabemos. ¿Se queda Dumesnil? He de marcharme a Jefatura a ordenar unos papeles.

—Sí; voy con usted.

Salieron los dos policías, dejando solos a Alfred Vance y a Janet. La muchacha, inquieta, le contó la conversación sostenida con el agente del

F. B. I.

mientras bailaban y el abogado palideció:

—Ese hombre es endiabladamente listo —comentó—. Debes ser muy prudente.

No dijo nada de la sugerencia de informar a la joven de lo referente al cadáver para no intranquilizarla. Era indudable que Richard Miller se fue convencido de que Janet le mintió con respecto a su fuente de información.

—Demos un paseo. Hace demasiado calor aquí. Dentro de un rato he de telefonear al notario para la apertura del testamento...

Abonó el importe de lo consumido, llegando a la calle. Subieron al «Rolls-Royce» de Janet, encaminándose al Central Park...

Mientras tanto, en un tugurio del barrio portuario de Nueva York, un hombre miserablemente vestido, depositando sobre la

mesa varios centavos, pedía al camarero:

—Tráigame media botella de vino.

El desconocido sacó unos trozos de duro pan de conserva, poniéndose a comerlos con avidez. Cuatro individuos que jugaban al póker, le miraron, cruzando unas palabras. Al fin, uno de ellos se acercó, preguntándole:

—¿Mucha hambre?

—Bastante. ¿Por qué lo dice?

—Sólo un ciego no lo vería. ¿Quiere un dólar?

—Venga. En mi situación no se puede ser orgulloso.

Cogió el billete y, luego de examinarlo, llamó de nuevo al tabernero, ordenándole que le pusiera de comer.

—¿Cómo te llamas?

—Jack Elliot. Siéntate. ¿Por qué te has acercado?

—Me extraña que nadie pase hambre en Nueva York.

—Yo no soy de aquí. Desembarqué anoche de...

Se calló, temiendo, sin duda, haber dicho demasiado.

—Sigue. ¿No sería el «Mauritania»?

—No te importa. Tú, ¿quién eres?

—Stephen Mégara, un hombre que puede darte a ganar muchos «pavos» si eres el que me supongo. He leído en la Prensa de la mañana una noticia referente a un fogonero que se las ha «pirado» luego de «despeinar» a su capitán.

—No sé nada. Márchate.

—A tu gusto. Devuélveme el dólar.

—No.

El «gángster», dejándose arrebatar por la ira, cogió al que dijo llamarse Jack Elliot de las solapas de la americana, levantándole con violencia.

—Obedéceme o te machaco los «morros».

Apenas pronunció tales palabras, Mégara sintió que algo se aplastaba contra su nariz, derribándole. Ciego de cólera, se lanzó al ataque. Le pararon en seco dos directos y se encogió ante el dolor de un puñetazo en el hígado.

El «gángster» contempló atónito a Jack Elliot que no le perdía de vista, y llevó la mano a la funda sobaquera, dispuesto a empuñar la pistola.

—¡Yo, que tú, no lo haría!

Con extraordinaria rapidez, el famélico individuo esgrimió una «Browning», con la que apuntaba a Stephen Mégara y a sus compañeros de juego.

—No acostumbro a dejarme pegar.

Guardóse el arma y, como si ningún peligro le amenazara, se sentó de nuevo, dispuesto a dar buena cuenta de las viandas servidas. El «gángster» se incorporó muy despacio, mirándole con odio. El tabernero había seguido la escena con notorio interés. Se acercó a Jack:

—Has tenido suerte, muchacho. Mejor será Que te vayas.

—Cuando acabe. No acostumbro a pedir consejos. ¿Me das un cigarrillo? Te aseguro que pronto estaré en fondos. Pienso realizar un «trabajo» que me dará mucha «pasta».

—Me alegraré de que así sea. Quédate con el paquete.

Elliot fumó despacio, complaciéndose en jugar con las volutas de humo. La noche había caído y lejos sonaban las sirenas de los barcos.

Se incorporó para marcharse, y ya en la puerta, vaciló unos segundos. Al fin anduvo por una estrecha calleja. Oyendo pasos a su espalda, se escondió en el quicio de una puerta. No se equivocaba. El grupo de jugadores a que pertenecía Stephen Mégara pasó junto a él, sin descubrirle.

—¡No os mováis! Tengo siete balas y no me tiembla el pulso. ¿Me buscabais?

—Los «gangsters», asombrados de la audacia de aquel sujeto, tuvieron un segundo de vacilación. El perseguido habíales cazado estúpidamente.

—¿Quieres «camorra»? —respondió uno de ellos.

—No. Saber para qué me buscabais.

—Para presentarte al «boss». Necesita «tipos» con «agallas».

Era Mégara el que hablaba, tendiéndole la mano en ademán amistoso. Jack Elliot no la estrechó:

—No me fío. De todas formas, me conviene eso que decís. Llevo una mala racha. ¿Vamos? Id vosotros delante.

Los cinco hombres se dirigieron a un automóvil, montando en él. Minutos más tarde charlaban sin animosidad camino de la dársena Atrántic...

Richard Miller, el bravo agente del

F. B. I.,
caminaba despacio por Fulton Street, intentando ordenar sus ideas.
Minutos antes se había despedido de Dumesnil.

El «elevado» cruzó sobre él con un formidable estruendo, en el momento en que Richard oía silbar una bala junto a su cabeza.

Convencido de que alguien intentaba suprimirle utilizando un silenciador, se arrojó al suelo, viendo a un individuo que se escabullía entre las altas viguetas del ferrocarril aéreo. Fue tras él, perdiéndole de vista entre el numeroso público que, ajeno al atentado, deambulaba por la principal vía del municipio de Brooklyn.

¿Por qué y quiénes pretendieron asesinarle?

Una idea le asaltó, desechándola por absurda...



¡DIBUJOS ESTUPENDOSI

¡ARGUMENTOS EMOCIONANTES!

¡PRESENTACION EXQUISITA!

Sólo en

AVENTURAS DEL F. B. I.

III



OUGLAS Dumesnil,
sintiendo que su corazón latía más precipitadamente que de
costumbre, pulsó el timbre por tres veces. Una doncella uniformada
salió a abrirle:

—¿Qué desea?

—Charlar unos minutos con el señor Pahissa. Dele mi tarjeta y verá cómo me recibe enseguida.

La sirvienta, rara especie en la vida estadounidense, tras indicarle que se sentara en una de las sillas del vestíbulo, desapareció, regresando a los pocos minutos.

—Pase.

El inspector entró en un confortable despacho. Le recibió secamente un hombre delgado, de mirada profunda.

—Dígame lo que desea.

—Me agradaría saber el motivo por el que se entrevistó con Harold Gerald. Es un interés profesional.

—Lo comprendo. Leí el asesinato del senador. ¿Cómo adivinó que fui a verle?

—Por la libreta de horarios de visitas.

Hubo una breve pausa. Los dos hombres se observaban con curiosidad. Henry Pahissa se preguntó cómo su esposa July pudo estar enamorada de aquel hotentote de anchas manos y tosco aspecto. Dumesnil, por el contrario, experimentaba una viva repugnancia viendo la figura enclenque del financiero, que habló, meditando mucho cada una de sus palabras:

—Necesitaba una tarjeta de presentación para el secretario de la Cámara de Comercio, a fin de solucionar favorablemente un negocio de caucho. Lamento no servirle.

Indicó a su interlocutor que daba la entrevista por terminada. El policía, sin moverse, encendió calmoso un cigarrillo, comentando:

—Veo que tiene mucha prisa. Aún he de preguntarle algunas cosas. ¿Notó asustado al senador?

—Tengo suficientes problemas para fijarme en las reacciones de los demás.

—Le llamaré a declarar en la encuesta. No me basta su palabra.

Salió del despacho, sin despedirse. Ya en el «*hall*», una mujer que, pese a sus cuarenta años cumplidos, se conservaba atrayente, le dijo:

—Adiós, Douglas. Veo que te olvidas de la más elemental regla de cortesía. Esperaba que me saludaras.

—No lo hice para no verme precisado a romper el cráneo a tu marido. ¿Cómo pudiste enamorarte de esa... anguila?

Las frases del inspector rezumaban desprecio. Había acorazado su alma, para que July no intuyera el volcán que le abrasaba el pecho. Ella le rogó:

—No seas rencoroso. Henry se porta bien conmigo. ¿Por qué no te olvidas del pasado? Yo no fui culpable.

—Lo sé. Discúlpame.

Una vez en la calle se dijo a sí mismo que el día era bastante desafortunado. El comisario jefe de la Metropolitana le denegó el permiso pedido. Al propio tiempo le informó de que el

F. B. I.

se ocupaba del caso del senador Harold Gerald.

Penetró en su domicilio. No bien transpuso el vestíbulo le sorprendió un penetrante olor a tabaco. Asió el revólver que pendía de uno de sus costados.

—No se asuste, Dumesnil —le tranquilizó una voz conocida—. Le estaba esperando porque le necesito.

—Usted dirá, Richard. Supongo que habrá usado una ganzúa.

—¡Claro! Carezco de la facultad de filtrarme por las paredes. Disponemos de media hora —respondió Richard Miller—. Escúcheme.

Conforme hablaba la expresión del inspector tornábase más atenta. Una vez que el agente del

F. B. I.

terminó de exponer sus proyectos, reconoció:

—Me molesta decirle que admiro su sagacidad. ¿Pido un coche oficial?

—No hace falta. Es preferible que utilicemos un «taxi». Aprovecharemos la salida de las oficinas para pasar desapercibidos.

Salieron, dirigiéndose a la Quinta Avenida, en Manhattan. Dumesnil habló a un «taxista» mostrándole su carnet:

—Le daremos cincuenta dólares si no nos pone inconvenientes.

—¿Qué hay que hacer?

—Poca cosa. Ceder el guardapolvos y la gorra a mí amigo y convertirse en un pasajero de su propio automóvil. El conducirá. ¿Qué le parecen las drogas?

—Una canallada. Tengo hijos y tiemblo al pensar que cualquiera pueda enviciarse. ¿Persiguen a algún traficante?

—Sí.

—Entonces sólo cobraré lo que marque el contador. Deseo ayudarles.

—No esperábamos menos de usted.

Segundos más tarde, Richard Miller, transformado en chofer, advertía a Douglas:

—Vigile no vaya a ir a pie, aunque tiene a la puerta el «Rolls-Royce». Forzosamente ha de pasar por aquí.

Transcurrió el tiempo. Al fin, la paciencia de los agentes se vió recompensada. El vehículo de Janet cruzó ante ellos a moderada

velocidad. Los músculos de Miller se tensaron.

Los coches, uno en pos de otro, cruzaron el maravilloso puente de Brooklyn, enfilando la avenida Mytle, hasta llegar al parque de Washington, deteniéndose en la puerta principal. Caía la tarde en un maravilloso crepúsculo, por su fuerte colorido.

Desde el «taxi» vieron subir a un hombre, al que Janet cedió el volante. El agente del

F. B. I.

procuró situarse fuera del alcance del espejo retrovisor. Sus sospechas habían resultado ciertas.

Dieron varios rodeos, enfilando la avenida Fifth. Richard detuvo el automóvil en las proximidades del East River.

—Sígame, inspector. Usted espérenos con el motor en marcha. Quizá, necesitemos huir.

Avanzaron despacio, reparando que la muchacha penetraba en un gran almacén, saliendo de él a los pocos minutos acompañada de otra mujer. Janet se sentó al volante, arrancando. El individuo que las condujo hasta allí penetró de nuevo en la nave.

—Vamos, Douglas. Ya tengo la certeza de que la chica está en contacto con los asesinos de su padre. Falta averiguar la razón, y lo conseguiré pronto. No conviene levantar la caza.

—¿Por qué no entramos? Le obligaríamos a «cantar».

—Puede no estar solo. Hemos de prescindir de los peces pequeños si queremos capturar al jefe...

Aquella noche, un «*ferry*» descendía por el río.

Hudson conduciendo a varios sujetos de pésima catadura. En el muelle cuarenta y dos atracaron, saltando a tierra. Un individuo, con una gruesa cartera de mano, iba el último.

—Son necias tantas precauciones —dijo uno—. El jefe sabe lo que se hace.

—Cumplimos órdenes de Romaine.

Sin obstáculos subieron a un «Nash», que les llevó a un «*cabaret*» de la avenida Montague, en el barrio más hermoso de Brooklyn y donde se hallan los mejores hoteles y clubs.

Penetraron por una puertecilla estrecha, que les condujo, a través de varias habitaciones, a un gabinete, en cuyo fondo había una gruesa cortina de terciopelo. Thomas Romaine se incorporó,

inquiriendo:

—¿Éxito?

—Completo. No ha habido el menor tropiezo.

—Bien, Gilli. Mira por el cristal. Te asombrará ver quiénes están en el salón.

El aludido obedeció levantando un pico de la cortina. Recorrió con la vista el «*night club*» no pudiendo contener una exclamación de asombro:

—¿Vinieron juntos?

—No. Al parecer ese condenado agente se encontró con ella por casualidad. Debiste conservar la serenidad cuando disparaste.

—Le aseguro que no me tembló el pulso. Se movió inesperadamente y el silbido de la bala le advirtió del peligro. Aguardé a que pasara un «elevado» para mayor seguridad. Ya sabe que mi especialidad son los policías. Si no que se lo pregunten a los que custodiaban el cadáver del senador...

Se dio cuenta de que había hablado demasiado. Volviéndose con brusquedad se encaró con Jacte Elliot, recién incorporado a la banda.

—Supongo que no te irás de la lengua, ¿verdad? Aquí pagamos en plomo las traiciones.

—Descuida. No soy tan necio como para hacer una visita a la «bofia». Se iban a poner demasiado alegres. Sin embargo, aunque nuevo entre vosotros, te convendría cerrar el «pico». En Chicago ni aun los propios compañeros se enteraban a veces de los asuntos. ¿Qué pretendéis?

—Hay que liquidarle. La orden del jefe es terminante. ¿Podemos contar contigo, Jack?

—Desde luego, pero Gilli es un especialista. ¿Qué tengo que hacer?

—Pasear por el «*cabaret*». Quiero verte actuar sin que te ordene nada. Me gustan los hombres con iniciativas. Te sienta bien el «*smoking*».

—Sí. ¿Por dónde se sale?

—Por esa puerta. Da a las salas de juego. Hasta luego.

Jack Elliot, el hombre que propinó a Stephen Mégara la fenomenal paliza en la taberna del barrio portuario, a través de un dédalo de corredores, alcanzó el salón principal del «*cabaret*». Giró

la mirada en torno suyo. Su camarada en el
F. B. I.

Richard Miller y la hija del senador Harold Gerald consumían una botella de «*champagne*».

Pasó muy cerca de ellos convencido de que, pese a su caracterización, su compañero le reconocería. No se equivocó. El agente del «Federal of Investigation» no hizo el menor gesto de saludo, obedeciendo la orden muda del inspector Larry Fulton, infiltrado habilidosamente en las filas del «gang» al que perseguían.

El falso Elliot se acomodó en una mesa próxima a la de su amigo, que charlaba con la muchacha y sus dedos tamborilearon en la madera unas letras en morse: «Cuidado».

Repitió por tres veces el mensaje hasta que Richard, que observaba la mano de Fulton pudo darse cuenta del aviso más por el movimiento que por el sonido, amortiguado por la música de «jazz» a cuyos acordes bailaban numerosas parejas.

Jack Elliot, con inquietud, vió que Gilli se le acercaba con la mano derecha hundida en el bolsillo exterior de la americana. Comprendió que había llegado el momento de actuar.

—Hemos de sacarle de aquí sin ruido —dijo el recién llegado.

El «gángster» extrajo un cigarrillo dirigiéndose a la mesa ocupada por Janet y Richard.

—¿Me da lumbre? —pidió en alta voz. Luego, añadió en voz baja—. Deje aquí a la muchacha y salga. Le estoy apuntando.

El agente del

F. B. I.

miró al que le amenazaba poniéndose en pie. La joven, muy pálida, pareció que iba a desmayarse, pero se rehízo con un formidable esfuerzo.

—Voy con él —anunció.

—No, monada. Quédese aquí. Esto es cosa de hombres.

El diálogo, en tono que era casi un susurro, no llamó la atención de nadie. Richard Miller obedeció procurando reprimir una sonrisa. Larry Fulton se encargaría de librarle de la muerte si él no era capaz de hacerlo antes.

Los tres hombres atravesaron el vestíbulo saliendo a la calle donde el uniformado portero les saludó, respetuoso.

—¿Quieren un «taxi»?

—Gracias —repuso Gilli—. Iremos a pie.

Descendieron por la avenida Montague en la que, debido a las altas horas de la noche, apenas si se veía algún noctámbulo. Richard notaba en sus riñones la opresión del arma con la que, desenfundada, le amenazaba el indeseable.

Llegaron a un grupo de hoteles rodeados por primorosos jardinillos. Jack Elliot, inquirió:

—¿Le vas a «despachar» ahora? Procura no hacer ruido.

—No temas. Mi especialidad es la llave de nudillos. Cúbrela tú.

Enfundó la pistola y hundiendo la mano derecha en el bolsillo de la americana extrajo un objeto acerado, que brilló siniestramente. Miller sintió miedo por vez primera. ¿Y si Larry Fulton tardaba en intervenir? Por su parte no quería arriesgarse. Dejó la iniciativa a su compañero.

Oyó un ruido sordo a su espalda y se volvió. Gilli se desplomaba con los ojos desmesuradamente abiertos por el asombro, mientras el falso Elliot se guardaba el arma con cuya culata le había golpeado en la nuca.

—Gracias, Larry. El solo no me hubiera cazado.

—Lo sé, Richard. Llévatelo contigo y enciérrale de forma que no pueda huir ni comunicar con nadie. Si habla me liquidarán. He conseguido engañar a esos hombres y en breve espero llevarles a la «silla».

El agente del F. B. I. se inclinó sobre el caído, examinándole:

—Está muerto. El revólver le fracturó la base del cráneo.

—Lo siento. Era el asesino de los dos hombres de Dumesnil. Le pegué con demasiada fuerza. He de probar mi coartada. Has de darme varios puñetazos. Necesito demostrar que he luchado contigo.

—Pero...

—Obedece, Richard. No podemos perder tiempo. Nos exponemos a que se nos eche encima el resto del «gang».

Miller vaciló unos segundos todavía. Al fin su puño salió disparado chocando contra la ceja de su camarada. Un segundo izquierdazo en la nariz terminó de cubrir de sangre la cara del inspector. El agente dio un paso atrás, pero Larry Fulton le apremió:

—Termina.

Adelantó la mandíbula y Richard, apretando los dientes en un

esfuerzo por vencer su repugnancia a golpear al hombre que estimaba, propino un soberbio «uppercut» a su superior, derribándole.

—Huye —mandó éste—. Desde el primer teléfono público llama a Janet. Tardaré cinco minutos en entrar.

—Suerte, Larry. No te expongas demasiado.

El joven corrió dispuesto a cumplir las indicaciones del inspector, que incorporándose, se dirigió muy despacio a la entrada secreta del «*night-club*». No deseaba que nadie le encontrase junto al cadáver.

Se escondió en el quicio de una puerta de hierro restañándose la sangre con un pañuelo. Se dolió de haber matado a Gilli. Dumesnil no se lo perdonaría nunca.

Temeroso de que algún trasnochador encontrase el cuerpo del «gángster» sembrando la alarma, se apresuró a reunirse con Stephen Mégara y el resto de indeseables, quienes, al verle llegar en tan deplorable estado, le preguntaron:

—¿Qué ha ocurrido?

—Nos cazaron —respondió jadeando Elliot—. Íbamos a liquidarle cuando' tres

individuos se nos echaron encima. Luchamos. A Gilli le dieron un culatazo en la cabeza. Yo les hice frente y logré despistarles saltando al jardín de un hotel particular. Se fueron enseguida. Pude acercarme a Gilli. Está muerto. ¿Me dais un cigarro?

Mégara le tendió su plateada pitillera y Jack Elliot fumó ávido, explicando:

—Nunca me vi tan en peligro. Ese tipo no es tonto. ¿Y la chica?

—Se fue ahora mismo. La llamó alguien por teléfono.

—¿Por qué no la habéis apresado? Ella sería un buen cebo.

—El jefe no quiere. Pasa al lavabo y cúrate la cara. Te han dado una buena paliza.

Elliot no se hizo repetir por dos veces la invitación. Una vez solo sonrió gozoso del sesgo que tomaban los acontecimientos.

Se bañó las heridas en colonia y aplicándose sobre la ceja un esparadrapo reunióse de nuevo con los «gangsters».

—¿Qué hay que hacer? —inquirió—. Os ruego que cuando se trate de buscar al de esta noche contéis conmigo. Me gusta devolver

determinadas caricias.

Stephen Mégara, le tranquilizó.

—Descuida. Aquí tienes una habitación. Romaine espera dar un golpe y quiere tenernos a todos reunidos. ¿Te importa?

—En absoluto. Así me ahorro la pensión y tengo quien vele mi sueño. Supongo que habréis establecido un turno de... niñas.

Varios «gangsters» rieron de la agudeza y minutos después unos se retiraban a descansar mientras otros montaban la guardia...



**En todos los buenos quioscos venden
AVENTURAS DEL F. B. I.
Los malos quioscos venden malos
cuadernos infantiles**

IV



ARRY J. Anslinger, jefe de la Oficina de Narcóticos de los Estados Unidos, sonrió a la muchacha con simpatía.

—Continúe. Era muy amigo del senador y celebro poderle ser útil facilitándola el empleo que solicita. Será mi segunda secretaria. Me agrada rodearme de personas solventes. Vivimos una época de traiciones. Pienso permanecer en Nueva York unos meses. Después habrá de trasladarse conmigo a Washington, a las oficinas centrales. ¿Le importa?

—De ninguna forma. Lo celebro. Huiré de tristes recuerdos. ¿Cuándo empieza mi trabajo?

—Ahora mismo si lo desea. ¡Ah! Me olvidaba. Se ha interesado también el señor Vance, pasante de su padre. Él me ha informado

de su no muy próspera situación económica. No se preocupe. El Senado votará una pensión para usted hasta que se case.

—La rechazaré —repuso Janet con energía—. No quiero ser una carga a mi país. Es hermosa luchar contra los traficantes de drogas.

—No lo sabe bien. Me satisface que opine así —los ojos de Anslinger relampaguearon—. De cada cien jóvenes tres son víctimas del opio y la «mariguana». El comisario de Policía, Thomas Murphy, ha decidido, de acuerdo con el

F. B. I.,

adoptar medidas extremas para impedir el tráfico de estupefacientes. Su padre y yo preparamos una Ley a ese respecto. Me temo que ésa haya sido la causa de su muerte.

Calló, temiendo haber dicho demasiado. Janet habló:

—Cuando tenga plena confianza en mí, le pediré un puesto de responsabilidad y de acción. Me consta que utilizan agentes femeninos en la represión de las drogas. Seré uno de ellos —la muchacha se puso en pie—. Estoy a sus órdenes, señor Anslinger.

—Bien. Espere mis llamadas en el despacho contigo. Mi primer secretario ha salido a asuntos urgentes. Les presentaré a su regreso. Rechace telefónicamente estas invitaciones. No he venido a Nueva York a asistir a banquetes.

Janet salió a cumplimentar lo ordenado.

En las tres horas que duró su trabajo se impuso en su cometido con notoria inteligencia.

A las siete de la tarde abandonó la Delegación de la Oficina de Narcóticos. En la puerta la esperaba Alfred Vance.

—¿Contenta?

—Sí. ¿Cómo has sabido?

—Muy sencillo. Telefoneé hace una hora y oí tu voz. Fui el que, aparentemente, se equivocó de número. Quise darte una sorpresa.

Montaron en el automóvil propiedad del abogado, el cual, alejándose de Nueva York, tomó la carretera a Bridgeport, parando en una zona de arbolado.

—Es un sitio ideal para conversar, Janet. A una milla hay un parador, en el que, si no te parece mal, cenaremos.

—Encantada, Alfred. No debiste recomendarme a Anslinger. Si me apresan, asociarán tu nombre al mío.

—No me importa —replicó él con calor—. La herencia de tu

padre está muy enmarañada. Acciones, hipotecas... Me han ofrecido un importante empleo en los campos petrolíferos de Venezuela. Casémonos. Yo te quiero desde hace mucho tiempo.

La muchacha miró asombrada a su interlocutor, no atreviéndose a dar crédito a lo que oía. El abogado continuó:

—Lejos de los Estados Unidos seremos felices. Voy a hablarte con brutal sinceridad. Has caído en las redes de una organización criminal. Con la amenaza cierta de deshonorar tu apellido, una vez cometido el primer delito no te dejarán. Entonces la coacción será denunciarte a ti. Acabarás, o muerta de un balazo o en la cárcel, si es que no te complican en crímenes. No hay otra solución que la fuga. Yo compartiré tu suerte.

No osé declararte mi amor porque estabas demasiado alta. No es preciso que me respondas ahora. Piénsalo despacio, y sea cual fuere tu resolución, considérame un amigo entrañable, capaz de dar por ti hasta la vida. ¿Me crees?

—Sí, Alfred —contestó ella, emocionada—. No hablemos de eso. Estoy en un callejón sin salida. Es posible que se conformen con lo que han dicho, y una vez que les haya servido, me entreguen esas cartas y recibos comprometedores. No me importa que todo se descubra si no hay pruebas para manchar la memoria de papá. No les temo, y menos ahora que sé que cuento con tu ayuda.

Pasearon en silencio bajo la luz plomiza del crepúsculo. Janet explicó a Vance en qué consistía su labor, y él la aconsejó:

—Pon el mayor número de inconvenientes a esos hombres. Quizá antes de que te comprometas les capture la Policía. ¿Has vuelto a tener contacto con ellos?

—Sí, hace dos tardes. Me llamaron por teléfono, y fui a recoger a Midge a la Dársena Atrantíc. La he alojado en casa. Es una gran muchacha. Se sacrificó por mí. Es buena consejera y está al corriente de lo que pretenden.

Alfred Vance se refirió con detalle al caótico estado de los negocios del senador.

—Puedes comprobarlo por ti misma —añadió.

—No es necesario. Lo dejo en tus manos. Mi padre tenía puesta en ti su confianza.

Montaron en el coche, dirigiéndose al parador indicado por Vance, acomodándose en una mesa del jardín. La noche era

espléndida.

El restaurante, lugar de moda, se hallaba repleto de un público selecto, que en su mayor parte saboreaba platos típicos de la cocina europea.

Alfred pidió que les sirvieran «spaghettis», que saborearon en aquel ambiente distinguido, mientras, al fondo, una orquesta húngara interpretaba viejas melodías vienesas. Uno de los músicos anunciaba las piezas comenzando siempre del mismo modo:

—«*Ladies and gentlemen...*»[5].

Janet se olvidó de la tragedia de su vida para dejarse mecer por la suave música de los violines. Notó que el abogado le cogió una mano que retiró sin brusquedad, con una sonrisa. Aquel movimiento la volvió a la realidad, y en su cerebro se precipitaron los recuerdos. Le pareció que sólo hacía unas horas que vio muerto a su padre. Se humedecieron sus ojos y, rehaciéndose, suplicó:

—Volvamos a Nueva York, Alfred. Se está haciendo tarde.

—No será sin que antes brindes conmigo por tu felicidad. «*Champagne*», camarero. Fuma un cigarrillo, Janet. Sería delicioso un largo paseo por Francia, Bélgica, Suiza y Alemania.

El sirviente depositó sobre la mesa una cubeta y dos copas que Vance llenó del espumoso vino.

Bebieron en silencio. Janet se sintió turbada al sentir fijos en los suyos los ojos de su acompañante, que habló como si nadie le escuchara:

—La vida ofrece pocos momentos gratos. La felicidad hay que apresarla antes que huya de nuestro alcance. Es suicida enfrentarnos con la muerte cuando la existencia puede sonreírnos. ¿Vamos?

Se incorporaron y, tras abonar el importe de lo consumido, montaron en el automóvil que Vance descapotó para sentir en el rostro el aire suave que parecía acariciar los árboles.

A poca velocidad, deseando prolongar el paseo, se encaminaron a la metrópoli. A dos millas de los suburbios de Nueva York Alfred se vio precisado a parar. Un camión cruzado en la carretera les interceptaba el paso.

Se apeó para rogar al conductor que maniobrara convenientemente, y un grito de espanto le hizo volver la cabeza. Dos individuos amenazaban a Janet con sus automáticas. Vance fue

a esgrimir la «Browning» del bolsillo trasero del pantalón, pero una voz fría, carente de inflexiones, ge lo impidió.

—No sea impetuoso. La mataremos si se mueve. Es la segunda vez que me encuentro con esta señorita. Desármele, Morrison.

El aludido, un tipo mal encarado, hizo lo que se le ordenaba, mientras la muchacha reconocía al que mandaba el grupo que la capturó, junto con Midge, en el cementerio.

Stephen Mégara habló de nuevo:

—Sólo queremos que nos haga un favor que no la reportará ninguna molestia. Irá con nos otros en el coche hasta la plaza de Washington, en la Quinta Avenida, deteniéndose ante la Universidad de Nueva York. Un hombre se acercará a usted entregándole un pequeño sobre. A cambio le dará el paquete. Repetiremos la operación en el Hospital Lyingin, en la Segunda Avenida, y quedará, en libertad de hacer lo que desee. Es bien poco para, negándose, exponerse a que la demos un trato semejante al de la mujer que la acompañaba cuando la vi por vez primera.

Janet se había repuesto y escupió al rostro del «gángster». Éste, en un arrebato de cólera, ciñó la garganta de la muchacha con sus manos anchas. Alfred Vance, derribando de un puñetazo al llamado Morrison, se abalanzó contra el agresor de la mujer que amaba, apartándole violentamente. Fue a golpear a Mégara, pero no llegó a hacerlo. Algo se estrelló en la cabeza del abogado, dejándole inconsciente. Un tercer hombre, que al comienzo de la lucha salió de la cabina del camión, le había puesto fuera de combate de un certero culatazo.

—¡Lástima! —murmuró Stephen con ferocidad—. No me hubiese costado mucho estrangularla.

Se montó al lado de Janet Morrison lo hizo detrás. Ella sugirió señalando al caído:

—Llévemosle con nosotros. No podemos dejarle abandonado.

—Se lo tiene bien merecido por jugar a los héroes. Ya le recogerán. Arranque. Al menor síntoma de traición la vació un cargador en el cuerpo. Lo que llevamos, por si no lo sabe, son drogas. En las afueras de la ciudad pondremos la capota al coche, ocultándonos bajo los asientos. La Policía no sospechará de una mujer.

Todo se realizó de la forma planeada por el «gángster», y la

entrega de los estupefacientes se verificó sin tropiezos.

Stephen Mégara y Morrison se apearon del coche y, abriendo los sobres que Janet recibió a cambio de las drogas, sacaron varios billetes.

—Tenga quinientos dólares. Con nosotros nadie trabaja gratis.

La muchacha cogió el dinero y, haciendo con él una bola, lo arrojó por la ventanilla, pisando a fondo el acelerador.

Una vez solos los dos «gangsters» se miraron.

—No estará el «boss» descontento. Todo ha salido a la perfección, aunque no adivino lo que pretende. Dudo de que esa chica nos sirva con lealtad.

Un vehículo se acercó conducido por tres hombres, dos de ellos los mismos que recibieron los paquetes de manos de Janet. Una vez en el interior del automóvil deshicieron los envoltorios que sólo contenían cigarrillos.

—No es de las que se asustan —comentó uno—. No temblaba al recibir el dinero. Jamás he ganado «pasta» con tanta facilidad.

El coche se dirigió a Brooklyn, a la dársena Atlantic...

Janet, mientras tanto, procurando dominar su nerviosismo, abría con su llavín la puerta de su domicilio. Midge Dillard, la prometida del senador, la esperaba.

—Estaba inquieta. Temí que te hubiese sucedido algo. Han llamado por teléfono. Te esperan a las cinco de la madrugada en donde la otra vez. ¡No vayas! ¡Avisa a la Policía!

—Será mejor que afronte la cuestión. Le diré cuatro verdades al que sea. Estoy decidida a echarlo todo a rodar. ¿Te dijo su nombre?

—No. Colgaron enseguida. ¿Quieres que te acompañe? Correremos juntas los riesgos.

Janet miró con simpatía a su interlocutora.

—No, Midge, gracias. Soy yo quien les interesa.

Hubo un largo silencio. Janet habló:

—Fue absurdo que mantuvierais en secreto vuestras relaciones. Hemos congeniado. Además... mi padre tenía derecho a ser feliz. Vivimos en el país del divorcio. Mamá murió hace cinco años en un accidente automovilista.

—Lo sé. Sin embargo, Harold poseía unas virtudes que en América apenas sí se conocen. Entre ellas el buen ejemplo a los hijos y la fidelidad a los recuerdos. Pensábamos casarnos a finales

de año...

Los ojos de Midge Dillard se cubrieron de lágrimas. Janet respetó la pena de su interlocutora, pensando que también en el país del dólar, mecanizado y materialista, existían amores profundos. Evocó a Alfred Vance golpeado por defenderla, y se dijo que su sugerencia quizá fuese la única solución. Le repugnaba el trato con los asesinos de su padre. Aceptaría huir de los Estados Unidos no sin antes denunciar a aquellos miserables. La boda con el joven abogado no le entusiasmaba.

Encendió un cigarrillo recostándose en un amplio butacón. Las palabras de Vance estaban resultando proféticas. Su forzada participación en el reparto de las drogas indicaba que los «gangsters» no se detendrían hasta incorporarla a sus filas. Si el F. B. I.

capturaba a cualquiera de los hombres a quienes facilitó los paquetes, no vacilarían en reconocerla.

—¡Drogas!... Siempre le asquearon.

Le sorprendió ver a Midge depositando en la mesita de centro del coquetón cuarto de estar una bandeja con un servicio de té a la inglesa. Mordisqueó una pasta, bebiendo un sorbo de infusión. Aún faltaban dos horas para la cita.

Conversaron de temas varios. Al disponerse Janet a marchar Midge la advirtió:

—Ya conoces mi criterio sobre este asunto. Sé prudente, y ya que te has arriesgado tanto no te olvides del buen nombre de Harold. Insisto en que debo ir contigo.

—No. Hasta luego.

En su automóvil, a través de las semidesiertas avenidas de Manhattan, cruzó a Brooklyn por el puente de Williamsburg. Una idea la asaltó. ¿Por qué no se confiaba a los hombres del

F. B. I.,

que habían tomado a su cargo la investigación del crimen? Richard Miller le parecía un joven valeroso y honrado. No pudo contener un estremecimiento al recordar la escena del «*night-club*» de la avenida Montague y la alegría que experimentó al verle de nuevo pasado el peligro.

El vehículo se deslizaba raudo por la avenida Fifth, en las proximidades de la dársena Atrantic, en cuyas inmediaciones se

apeó.

Divisó a lo lejos el barracón donde se refugiaban los fuera de la ley, y, tras unos segundos de duda, avanzó decidida. Una sombra se cruzó ante ella.

—Espere. No se precipite. Aún faltan cinco minutos.

—¿Quién es usted?

—Un hombre que tiene orden de conducirla al lugar deseado. La Policía vigila este lugar. Sígame.

Janet fue tras él hasta la misma orilla del East River, y, montando en un «*ferry*» que atravesó el río, cruzó a Manhattan. En un «taxi» llegaron a la Octava Avenida, deteniéndose en la misma entrada del Central Park.

—Espere unos segundos —indicó el que le sirvió de guía—. No se preocupe por su automóvil. Se lo llevaré a su domicilio —la joven fue a darle las llaves de contacto que no le fueron aceptadas—. No es preciso. Una ganzúa bien manejada es más útil.

Quedó sola la muchacha. Comenzaba a amanecer. Un individuo se aproximó.

—Hola, Janet. ¿Cómo usted por aquí?

La aludida reconoció al que llegaba. Era Richard Miller, del F. B. I.

—¡Usted! —exclamó con asombro.

—¿Tanto le extraña? ¿A qué vino?

—A pasear —repuso la muchacha en tono desafiante—. ¿Es que no puedo hacer lo que se me antoje?

—No si es encubrir asesinos. La llevo vigilando desde que murió su padre —la voz del miembro del Federal Bureau of Investigation, de enérgica se tornó el cariñosa, persuasiva—. Tenga confianza en nosotros, Janet. Pretendemos ayudarla. ¿Qué amenazas emplean para hacerse obedecer por usted?

—Ninguna.

—No sea testaruda. Si no hemos comenzado ya las detenciones se debe a que ignoramos quién es el que, desde las sombras, mueve los hilos de la intriga en que la están envolviendo. Necesitaba confirmar mis sospechas. El recado telefónico me demuestra que estoy en lo cierto. Sea sincera. Nada de lo que diga saldrá de mis labios. ¿Qué medios utilizan para obligarla a callar?

La joven se retorció las manos con desesperación.

—¡No puedo decírselo! ¡No puedo! ¡No me torture más!

El agente del

F. B. I.

contempló a la muchacha con expresión indefinible.

—Me enteré de que me mentía en el Club University. Se hallaba enterada de lo del robo del cadáver sin que Vance se lo hubiese dicho. La seguí la tarde en que fue a buscar a Midge Dillard. Pese a todo, temí equivocarme en mis sospechas y concerté telefónicamente esta cita, a una hora en la que ninguna muchacha decente sale para entrevistarse con un desconocido. El pasante de su padre ha denunciado su rapto de la carretera y la agresión de que le hicieron objeto. Janet, quizá sea su única oportunidad. Si no dice la verdad tal vez mañana sea tarde para sacarla del atolladero. Tengo ahí parado coche. La llevaré a su casa.

Anduvieron unos pasos alejándose del Central Park. Un automóvil se aproximaba a la máxima velocidad. Richard empujó violentamente a la muchacha, derribándola, y esgrimió su revólver. Una granizada de balas silbó por encima de ellos. El agente del

F. B. I.

hizo fuego una sola vez. Le pareció ver doblarse al que manejaba la ametralladora.

El vehículo frenó a unos cincuenta metros, descendiendo de él tres hombres armados. Uno portaba una metralleta de las llamadas de «tambor».

Richard tuvo tiempo de esconderse detrás de un grueso árbol, ordenando a Janet:

—Tiéndase en el suelo.

Esperó con los nervios en tensión, agradeciendo a la Providencia haber salvado la vida. Los «gangsters», en abanico, avanzaban con las máximas precauciones. La sirena de una fábrica cercana comenzó a rugir, anunciando la entrada al trabajo del primer turno de obreros. Eran las seis de la mañana.

Los agresores decidieron aprovechar el momento. La sirena ahogaría el ruido de los disparos.

Varios proyectiles se clavaron en el abeto que les resguardaba. Miller apretó el gatillo y el que avanzaba en el centro se dobló trágicamente, desplomándose. Sus compañeros vacilaron. Una nueva bala hirió a otro, y los «gangsters» retrocedieron hasta el

coche, que se puso en marcha, cruzando ante el miembro del F. B. I.,

y su compañera, no sin lanzarles una ráfaga de plomo.

Los jóvenes, alejado el peligro, se pusieron en pie.

—Espéreme aquí, Janet. Voy a registrar al que ha quedado en tierra.

La muchacha, aterrorizada, fue tras él, no pudiendo contener un grito de espanto al ver a un hombre corpulento, con los ojos desmesuradamente abiertos, que jadeaba en los estertores de la agonía. Richard le preguntó:

—¿Quién os manda?

—Thomas Romaine... Han huido, dejándome abandonado —el moribundo jadeaba—. Nos avisó...

—¡¡Quién!! —le preguntó Miller con ansiedad.

Las pupilas del forajido se agrandaron. El individuo esforzabase en hablar. No pudo hacerlo. La sangre afloró a su boca y expiró, llevándose consigo el secreto. Richard, muy pálido, se volvió a Janet.

—En sus manos está evitar que tales hechos continúen. Tiene cinco segundos para decidir. O con ellos, asesinos sin escrúpulos, gente sin otra moral que su codicia, o con nosotros, los defensores de la Ley.

La muchacha miró fijamente al que la interpelaba.

—Vayamos a su casa. Le informaré de todo.

—Si no le importa quiero que nos oiga el inspector Douglas Dumesnil. Es mi más eficaz colaborador. Entre los dos resolveremos el caso. Confíe en nuestra discreción.

En un «Chevrolet» modelo anticuado, propiedad del agente del F. B. I.,

se trasladaron al domicilio del inspector de la Metropolitana. Janet fue a llamar a la puerta, pero Richard se lo impidió.

—Deje. El viejo ogro me facilitó una llave. Dice que las ganzúas estropean las cerraduras.

Cerraron a sus espaldas, y la hija del senador Harold Gerald se acomodó en un butacón mientras el joven se disponía a despertar a Dumesnil. No fue necesario. El de la Metropolitana, con un monumental revólver en la mano y en pijama, entraba en ese momento. Al ver a Janet farfulló unas palabras de excusa,

desapareciendo para regresar después cubierto por un batín encarnado.

—Pudo avisar —reprochó a Richard Miller.

—No le supuse despierto. Ya conoce a la señorita Janet. Quiere hacernos unas revelaciones interesantes.

Los noventa y cinco kilogramos de Dumesnil hicieron crujir los muelles del sillón en que se sentó. Despeinado, el bigote recortado a estilo hitleriano, daba a su fisonomía una expresión de perplejidad. Reparando que la muchacha sonreía, se disculpó:

—Ya sé que no estoy muy presentable. No quise perder tiempo. Adiviné que se trataba de algo decisivo para apresar al asesino de su padre, señorita. Por su propia seguridad, celebro que al fin nos preste su colaboración.

Deliberadamente subrayó la última frase, en la que, velada por una amabilidad desacostumbrada en el inspector, flotaba una amenaza. Janet, comprendiéndolo así, no pudo evitar que sus manos temblasen ligeramente al aceptar un cigarrillo que el agente del

F. B. I.

le ofrecía. Richard Miller, para disipar la tensión reinante, refirió con palabra serena el ataque de que fueron objeto junto al Central Park. Luego se volvió a la hija del senador, advirtiéndole:

—Puede exigirnos, si lo desea, nuestra palabra de honor de que nada de lo que nos diga lo emplearemos con otro fin que el de capturar a los hombres que perseguimos.

—No es necesario, señor Miller —contestó la muchacha—. Celebro que me haya forzado a hacer estas declaraciones. Me sentiré más segura.

—Puede estarlo —aseguró Dumesnil.

La joven empezó su relato comenzando por la visita al cementerio, donde conociera a Midge, hasta terminar en la cena del parador de la carretera a Bridgeport y su participación en el reparto de los paquetes.

—Ya en casa, la prometida de mi padre me Informó del aviso telefónico. El lugar de la cita denunciaba a los «gangsters». Fui decidida a conseguir una garantía de que no me molestarían más una vez cumplida mi misión en la Oficina de Narcóticos.

—¿Ignora de qué «dossier» se trata? —preguntó Richard.

—Sí. Espero instrucciones más concretas. ¿Qué debo hacer?

—Informarnos —intervino Dumesnil—. Apréndase de memoria el número de mi teléfono. De acuerdo con Anslinger prepararemos una documentación falsa que usted sustraerá. Debe dar la sensación de una total obediencia. Miller y yo trabajaremos en la sombra. Ha debido sufrir mucho, Janet.

Reflejaban ternura las palabras del inspector de la Metropolitana. Richard, que estimaba a aquel hombre, rudo en apariencia, pero de buen corazón, corroboró:

—Así es. Sea prudente. No hable de esto ni a Midge Dillard ni a Alfred Vance. Es simplemente una medida de precaución. ¿Nos lo promete?

—Sí.

—Mañana —continuó hablando el agente del
F. B. I.

—hágase acompañar por ella al Parque de Washington. Dígale que la espere a la salida de la oficina.

—¿Qué pretenden?

Obtener una fotografía de esa mujer. En materia policíaca tenemos por norma que todos los que hay a una milla del lugar del crimen o tienen relación con la víctima son culpables mientras no demuestren lo contrario.

Richard Miller sonreía afectuoso. La joven no pudo menos que admirar su bien cuidada dentadura.

—He de irme —dijo—. Dentro de una hora habré de incorporarme a mi trabajo. Necesito una buena ducha.

—Puede tomarla aquí si lo desea —ofreció Dumesnil—. Entre Richard y yo prepararemos el desayuno.

Cuando la joven penetró en la Delegación de Nueva York de la Oficina de Narcóticos iba más dueña de sí misma, libre el alma del peso de un secreto que la angustió.

Harry J. Anslinger estaba ya en su despacho...

V



L hidroavión se posó en el Atlántico, en la bahía Delavare, entre los poblados de Lewes y Dover. Eran las dos de la madrugada y el silencio llenaba de misterio el ambiente. El pájaro de acero, con los flotadores sobresaliendo de las aguas, semejaba un monstruo de épocas remotas.

De pronto una linterna hizo señales a tierra, de donde respondieron de la misma forma. Minutos más tarde dos lanchas a remo se acercaron silenciosamente al hidroavión.

—Hola, Mégara. ¿Vino Romaine?

—Aquí estoy, muchachos. Hay asuntos en los que me gusta intervenir.

El «boss», Thomas Romaine, y su hombre de confianza, Stephen Mégara, subieron al vientre del aparato. El primero Inquirió:

—¿Qué tal el viaje, muchachos? Podéis dar la luz. No hay nadie a varias millas a la redonda. Escogí yo el lugar.

Se iluminó la cabina del avión de transporte. Tres individuos, ataviados con pellizas de cuero, extendieron la mano a los recién llegados.

—Éste es el último cargamento que traemos desde Manchuria. Pese a que hemos dado un rodeo para evitar la zona de Corea, nos hemos tropezado con cazas de las Naciones Unidas. Los próximos envíos serán desde Italia y Cercano Oriente. Es menos peligroso.

—Como queráis —contestó Romaine—. Lo interesante es que el suministro no se interrumpa. Es un buen momento para hacer dinero. Quizá dentro de un mes hayamos de dedicarnos a otra cosa. Hay un proyecto de ley que ignoramos todavía para la represión del contrabando de drogas. No se sabe nada en concreto. ¿Y la mercancía?

—Nadie será capaz de descubrirla. En el interior de uno de los flotadores hemos construido un departamento secreto que se abre desde la cabina de mandos oprimiendo un botón. Caso de ser sorprendidos basta pulsar el mismo botón tres veces para que la droga vaya a parar al mar. Muy ingenioso, ¿verdad?

—Sí. Tomad la «pasta». Tengo grandes deseos de llegar a Nueva York. Los

«G-men»

aprenden cada día más cosas. Que te ayude Jack Elliot, Mégara. Conviene que se vaya imponiendo en el «oficio».

Un buen número de paquetes, altos y estrechos, fueron introducidos en cinturones que rodeaban el cuerpo de los «gangsters» igual que chalecos salvavidas, por debajo de las camisas. Romaine, al despedirse, preguntó al piloto:

—¿Os quedaréis en Nueva York?

—Sí. Esperaremos órdenes. De paso cargaremos algo para Italia a fin de que no sospechen. Nos alojaremos en el sitio de costumbre.

Las lanchas a remo se separaron del hidroavión hacia tierra donde esperaba un sedán «Styleline De Luxe», capaz para los cinco hombres que integraban la expedición.

Apenas llegaron a tierra se encaminaron al automóvil que distaba unos cien metros del lugar elegido para desembarcar. Los «gangsters» iban confiados y ello les perdió.

Dos reflectores iluminaron el grupo al mismo tiempo que alguien gritaba:

—¡Quietos! Os tenemos encañonados.

Jack Elliot fue el primero en reaccionar y arrojándose al suelo disparó contra los focos, apagándoles mientras se escuchaba un ruido de cristales rotos.

Un contrabandista se dobló trágicamente con el pecho agujereado por una ráfaga de ametralladora mientras los demás contestaban al fuego. Su posición era desventajosa. Comprendiéndolo así Elliot dijo a Thomas Romaine y a Mégara, procurando no ser oído por el hombre que, detrás de una piedra, contestaba al fuego de sus enemigos:

—Dejemos que nos cubra la espalda. Si no nos damos prisa nos cazarán.

El «boss» hubo de reconocer lo acertado del consejo y silenciosamente se arrastró alcanzando el automóvil. Oyeron a su espalda un grito de rabia del «gángster» que, sin duda, acababa de darse cuenta de la traición de sus compañeros. Orientados por la voz los agentes del Departamento Marítimo le cosieron a balazos.

El «Styleline De Luxe», modelo «Chevrolet» 1949, arrancó a toda velocidad camino de Filadelfia. Stephen Mégara iba al volante y detrás Jack Elliot y Thomas Romaine.

—No nos siguen —dijo el «boss»—. Es conveniente que abandonemos el coche en Vilmington tomando el ferrocarril hasta Trenton. Nos separaremos. Te has portado bien, Jack. A no ser por tus disparos hubiésemos muerto. Se lo diré al jefe para que te recompense.

—Creí que eras tú el que mandaba.

—Sólo en los grupos de acción. Por encima de mí hay un hombre de gran inteligencia que dirige la red internacional de contrabando de drogas.

El «boss», después del magnífico comportamiento de Elliot, no desconfiaba de él. Jack interrogó aparentando indiferencia:

—¿Le conoces?

—No. Cuando quiere darme instrucciones me cita en distintos lugares. Las entrevistas las celebramos a oscuras en habitaciones previamente dispuestas por él. El sitio de la reunión me lo da con el tiempo justo para llegar a la hora fijada. Incluso me indica la

velocidad a que he de llevar mi automóvil.

—Muy espectacular, ¿no?

—Pero eficaz, hay que reconocerlo así.

El falso Jack Elliot no formuló más preguntas para que sus compañeros no sospechasen. Mégara, sin desviar su mirada de la carretera de tercer orden, hizo un único comentario:

—¡Lástima de dinero perdido! Quedaron dos cinturones repletos de paquetes.

—No importa. La que llevamos la venderemos duplicada de precio. Lo interesante es haber escapado con vida.

Se apearon del vehículo, robado horas antes en Filadelfia, en Wilmington, y, separados, tomaron el tren a Trenton, desde donde se trasladarían a Nueva York. El inspector del

F. B. I.

Larry Fulton, bajo la personalidad de Jack Elliot, asesino del capitán del «Mauritania», falso delito simulado de acuerdo con el Departamento de Policía Federal, acababa de enfrentarse con la Ley, impidiendo la captura de los dos criminales que le acompañaban. Estaba convencido de que el Federal Bureau of Investigation hallábase en lucha contra una organización vastísima, dirigida por un ser astuto. Pronto llegaría el momento de actuar. El mismo presentó la denuncia a la Policía costera para, con grave riesgo, ganar la confianza del «boss»...

En ese mismo momento, cuatro de la mañana, un hombre, cubierto el rostro por un negro pañuelo, utilizando una ganzúa, abría la puerta de la casa habitada por Janet y Midge Dillard. El desconocido, guiándose con la luz de una linterna sorda, sin vacilaciones, entró al dormitorio de la joven, haciendo girar el picaporte.

Con paso de lobo llegó junto a la cabecera de la cama, sentándose en la butaca descalzadora. Encendió el portátil, procurando que su cara quedase en sombras. Después zarandéo a la dormida por un hombro hasta despertarla. Janet fue a gritar, pero una mano le tapó la boca.

—No quiero hacerle mal, sino darle instrucciones sobre su futuro trabajo de mañana. ¿Me oye bien? No se mueva. No vacilaré en apuñalarla.

Aflojó la presión. La joven divisó al hombre sentado.

—¿Qué quieres? —balbució.

—No se asuste. Mañana, a las cuatro de la tarde, Anslinger y su secretario abandonarán la oficina, dirigiéndose a Centre Street para celebrar una conferencia con el jefe de Policía y un alto miembro del Estado Mayor del

F. B. I.

Nadie quedará en el despacho más que usted. Se presentará uno de nuestros agentes, y con su ayuda hará varias fotografías de los documentos contenidos en la carpeta

D-36.

—Imposible —opuso la muchacha—. Esos papeles los guarda el propio Anslinger en su caja fuerte.

—No importa. Disponemos de unas horas. La forzaremos. Usted, en el antedespacho, se encargará de que nadie entre, haciéndose cargo de las carpetas de firma de los jefes de negociado. A ser posible, averigüe la clave del arca. Sé que tiene tres discos giratorios. Entérese cuál de ellos mueve. Comúnmente, no se hace girar más que uno. Si tenemos éxito, quedará en libertad, desligada de nosotros. ¿Lo hará?

—Sí. ¡Déjeme!

El visitante nocturno salió de la estancia sin pronunciar una palabra más. Janet, nerviosa, no pudo conciliar el sueño.

Apenas amaneció, desde una cabina pública se puso en comunicación con Douglas Dumesnil, informándole de las pretensiones de sus enemigos. Al otro lado del hilo sonó, bronca, la voz del inspector de la Metropolitana.

—Espere un momento. Voy a consultar con Miller.

Hubo una larga pausa, pasada la cual el agente del

F. B. I.

habló:

—Acceda a sus pretensiones.

—Pero...

—No se preocupe, Janet. Asumo la responsabilidad. Deles facilidades. Creo que va llegando nuestro momento.

En la Delegación de Nueva York de la Oficina de Narcóticos, la hija del senador trabajó durante toda la mañana, despachando asuntos de trámite. Comió en un «drug», incorporándose a su tarea.

A poco sonaron dos llamadas y penetró en el despacho de Anslinger. Respetuosa, esperó órdenes.

—Estaré fuera bastante tiempo. Finalizada su jornada, váyase. Mi secretario y yo regresaremos tarde.

El comisario movió el disco del centro de la caja de caudales, saliendo.

Repiqueó el timbre del teléfono. Al descolgarle, oyó la voz animosa de Richard Miller:

—No tenga miedo, Janet. Mucha serenidad. Que no sospechen.

—Gracias.

Fortalecida por las palabras del agente del

F. B. I.,

encendió un cigarrillo, dejando transcurrir los minutos. Abrió la puerta de cristales que comunicaba con un largo pasillo, al final del que, en una gran sala, numerosas mecanógrafas mantenían correspondencia con los departamentos internacionales del llamado «ejército de las drogas». El personal era solvente. No ignoraban los empleados que entre ellos había confidentes ejerciendo una constante vigilancia. Vió a lo lejos avanzar un hombre que cambió unas palabras con uno de los ordenanzas. ¡El momento era llegado!

Se acomodó tras su mesa de despacho, simulando enfrascarse en el examen de la correspondencia. Unos nudillos golpearon el cristal de entrada.

—Adelante.

Sofocó un grito de sorpresa. Ante ella, sonriendo con cortesía, se hallaba Thomas Romaine, el individuo que mandó apalear a Midge Dillard cuando ésta intervino en su favor en la Dársena Atrantíc. Con modales exquisitos tendió la mano a la muchacha, que se hizo la desentendida. El «boss» de la criminal organización habló mesurado:

—No quiere que seamos amigos. Deme las indicaciones que se le han pedido.

—Necesito garantías de que no volverá a molestarme.

Romaine la miró de arriba a abajo, como no dando crédito a lo que oía.

—Habla de eso después. Depende de que obtenga lo que busco. ¡Vamos! No podemos perder tiempo.

Ya en el despacho particular de Harry J. Anslinger, Janet

proporcionó al recién llegado toda clase de explicaciones.

—Buena chica —agradeció el «boss» con ironía.

Sus dedos ágiles hicieron rodar el disco metálico con suma lentitud y destreza. Con el oído aplicado a la caja, y ayudándose de un aparato semejante al utilizado por los médicos para la auscultación de enfermos, tras media hora de paciente trabajo, Thomas Romaine miró a la joven.

—Ya está —dijo.

Del bolsillo trasero del pantalón extrajo un manajo de llaves de cajas de caudales y varias grandes ganzúas con las que maniobró unos segundos, abriendo la gruesa hoja de acero. Sus dedos ágiles sacaron varias carpetas de documentos. Palideció al leer uno de ellos, y con una máquina microfotográfica tiró varios «clisés». Su semblante reflejaba satisfacción.

Lo dejó todo igual que estaba, asegurando a Janet:

—Es imposible que se den cuenta. Tenga este sobre.

—¿Qué contiene? —inquirió la muchacha con desconfianza.

—Mil dólares. Es el premio a su trabajo.

—No los quiero. Cumplan su palabra, o les denunciaré.

La expresión jovial de la cara de Romaine cambió bruscamente. El jefe de «gangsters» asió a la joven por los brazos, diciéndola con brutalidad:

—Correría la misma suerte de su padre, y, además, el nombre de éste se recordaría con odio y desprecio. No sea niña. Procuraremos no comprometerla, y en unos meses se hará rica. Piénselo bien. De nosotros no podrá librarse nunca. Hasta es posible que, si es razonable, me case con usted. Adiós, monada.

Acarició la barbilla de Janet, que, pese a que se echó a atrás, no pudo evitar el contacto de aquellos dedos repelentes.

Una vez sola, reflexionó sobre la conversación sostenida con Alfred Vance respecto a huir de los Estados Unidos. Reparó entonces que Thomas Romaine había dejado el dinero en su mesa. Lo guardó en el bolso de mano, decidida a utilizarlo en algo noble.

El pasante de su padre la esperaba a la puerta. Janet se alegró de verle. Juntos encamináronse a la catedral católica de San Patricio, y la muchacha depositó los billetes en un buzón de limosnas.

—¿Qué te ocurre, Janet? ¿Estás preocupada?

—No —mintió ella—. Tuve mucho que hacer. Llévame otra vez

al parador. Necesito olvidarme de la amenaza que pesa sobre mí...

Richard no formuló ninguna nueva pregunta, y en silencio, en el automóvil del abogado, enfilaron la carretera de Bridgeport.

—He meditado acerca de lo que me sugeriste la otra tarde. Aceptaría con una única condición: tu palabra de honor de respetarme.

—La tienes concedida. Deseo tu bien. ¿Quién te facilitó ese dinero?

Janet refirió lo sucedido horas antes, omitiendo haberse puesto en contacto con el

F. B. I.

El no hizo ningún comentario, y la velada transcurrió en el marco maravilloso del restaurante, plena de paz y serenidad...

Mientras tanto, en el «*night-club*» de la avenida Montague, Thomas Romaine comentaba con Jack Elliot y Stephen Mégara el resultado de su gestión, recorriendo con la vista una de las fotocopias reveladas ya.

—«Pena de muerte a los traficantes de drogas». Es un proyecto de ley que, seguramente, será, aprobado en breve, semejante a la famosa Ley Lindbergh, en la época de los secuestros. Lleva la firma del senador Harold Herald. Tendremos que liquidar pronto el negocio. En este otro pliego fotografiado figura un proyecto de represión. La Metropolitana y el

F. B. I.

se disponen a limpiar los Estados Unidos de contrabandistas —el «boss» consultó su reloj de pulsera—. Dentro de una hora iré a reunirme con el jefe. El decidirá.

Jack Elliot se envaró.

—¿Sabes ya el sitio de la cita?

—No. Ha quedado en llamarme por teléfono —repiqueteó el timbre del aparato—. Posiblemente sea él —descolgó el auricular, escuchando atentamente—. Si... Sí... De acuerdo.

—¿Qué hay? —interrogó Mégara.

—También empieza a inquietarse y extrema las precauciones. En la avenida Nostrand, esquina a la de Mytle, me recogerá un automóvil. He de trasladarme allí utilizando el «elevado». No sé más.

—Mejor será que te acompañemos —sugirió Elliot—. No me fió de los que no acostumbran a dar la cara. Quizá intenta quitarte de en medio para suprimir testigos.

—No le será fácil —fanfarroneó Thomas Romaine, llevando ostensiblemente su mano derecha a la funda sobaquera—. Sé manejar las armas.

—No lo dudo, pero la traición no permite defenderse. No insisto. ¿Me necesitas? Voy a buscar a una rubia a la que conocí hace tiempo en Harlem.

—Puedes marcharte. Procura estar aquí antes del amanecer.

—De acuerdo.

Apenas el inspector Larry Fulton salió a la calle, montó en un «taxi», dando las señas del domicilio de Dumesnil. No esperaba hallar a nadie, y no se equivocó. No juzgaba oportuno visitar la Delegación del Federal Bureau of Investigation.

De un pequeño armario, conforme Douglas le indicara días antes, sacó varios tarros de pomadas. Sin perder segundo, procedió a caracterizarse.

Tardó veinte minutos en quedar transformado en un hombre de unos cincuenta años, con aspecto de profesor de universidad. Las gruesas gafas de concha ocultaban sus acerados ojos.

Cuando llegó al lugar concertado por el jefe de la organización criminal con Thomas Romaine, aún faltaban diez minutos para la hora de la cita. Compró un ejemplar del «New York Herald Tribune», recostándose en uno de los postes metálicos que sostienen las vías del Elevated Railroads, que vibraba al paso de los trenes repletos de viajeros.

Distinguió al «boss» fumando nervioso un cigarrillo. No hizo el menor movimiento. Una parada de «taxis» le tranquilizaba con respecto a una posible persecución.

Un sedán negro se detuvo próximo a Romaine. Reparó que el «gánster» subía al vehículo. No lo pensó más. Puso diez dólares en manos de uno de los choferes.

—Hay otra cifra igual si no se despista.

—Descuide. Llevo diez años al volante.

La circulación era enorme en aquel sector de Brooklyn, por lo que los conductores de los dos automóviles se veían obligados a caminar despacio.

Dieron un gran rodeo por Evergreens Avenue, para retroceder en dirección al puente de Brooklyn, que atravesaron. En Broadway, el coche negro se paró, descendiendo de él Romaine, en las proximidades del ferrocarril subterráneo.

El inspector del

F. B. I.

dudó unos segundos, y al fin se decidió a seguir al «boss», estimando que le conduciría a la presencia del jefe. Tarde comprendió su error. Thomas, sin apresurarse, en el «subway», se dirigió a la avenida Montague, al «*night-club*», de donde saliera. Las instrucciones debió recibirlas durante el largo trayecto. Se maldijo por su torpeza, y luego de, en el domicilio de Dumesnil, recobrar su fingida personalidad de Jack Elliot, fogonero del «Mauritania», se encaminó al cuartel general de los «gangsters». Le sorprendió ver a un individuo charlando con Mégara y Romaine.

—¿Estorbo? —preguntó.

—No. Pasa. Te estábamos esperando —respondió Stephen, desenfundando el revólver y encañonándole—. Queríamos presentarte a un antiguo compañero de trabajo: Philo Brad, segundo oficial del barco en que trabajaste. ¿No te emociona verle?

Comprendiendo lo difícil de su situación, el inspector Fulton repuso:

—¿Me habéis denunciado?

—No —contestó Romaine, desarmándole en un rápido movimiento—. Como utilizar de nuevo el hidroavión resultaba peligroso, el jefe se puso en comunicación con un antiguo conocido suyo. Por él hemos sabido que el capitán del «Mauritania» goza de perfecta salud, y que tú no eres el que pretendes, sino un «soplón» al servicio de la «bofia». No temas por tu vida. Durarás bastante tiempo, más del que quisieras.

Thomas Romaine, fuera de sí, encolerizado, se comportaba rudamente, dejando al desnudo su alma encanallada.

—Os equivocáis —quiso defenderse Larry—. Os aseguro que...

—No pierdas el tiempo. Mégara tiene instrucciones concretas acerca de lo que debe hacer contigo. No gastes contemplaciones. ¡Vuélvete!

Obedeció. No podía hacer otra cosa. Stephen era un pistolero profesional, ducho en el manejo de las armas de fuego. Cualquier

intento de resistencia equivalía a un suicidio.

Sintió un brutal choque en la nuca, perdiendo el sentido. Thomas Romaine le cacheó cuidadoso, encontrando solo doscientos dólares en billetes.

—Llévatelo —ordenó, enfundando el arma con la que había golpeado al inspector del

F. B. I.

—. Ya le haremos cantar.

Mégara salió, llevando sobre su espalda el cuerpo inconsciente del que estimó como a un compañero. El «boss», recuperando sus ademanes afectados, se dirigió a Philo Brand, exponiéndole un completo plan de acción. Al finalizar, inquirió:

—Creí que habían zarpado para Oriente Medio.

—No pudimos hacerlo. Reventó una caldera y hubimos de demorar el viaje. Sin duda, ese hombre no contó con el accidente.

—Mala suerte para él —fue el único comentario del «gángster»...



¡ARGUMENTOS EMOCIONANTES!
¡PRESENTACION EXQUISITA!
¡DIBUJOS ESTUPENDOS!

Sólo en
AVENTURAS DEL F. B. I.

VI



E he mandado llamar, señor Miller, con la intención de que repare en la gravedad del caso que le ocupa. El inspector Larry Fulton, que, como usted sabe, consiguió infiltrarse en la organización criminal bajo el nombre de Jack Elliot, ha desaparecido sin que ninguno de nuestros confidentes haya logrado localizarle. Tal vez su cadáver repose en las aguas del East River. Hace una semana que no da señales de vida. Si le han matado debemos vengarle.

La mandíbula de Hoover temblaba ligeramente al pronunciar tales palabras. Para el director del Federal Bureau of Investigation, la pérdida de uno de sus agentes constituía un verdadero disgusto. Richard afirmó:

—Capturaré al culpable.

—Eso espero. Aunque breve, posee ya usted un magnífico

historial. Sin embargo, no quiero que camine a ciegas. Fulton estaba en todos los detalles. El sobre dirigido al

F. B. I.,

que encontramos en las manos del senador era falso. Nuestros expertos lo han comprobado. En esos papeles se habla de presión de los sindicatos, amenazas de muerte y contrabando de drogas. No existió propósito de matar a Harold Gerald, sino de dar el cambiao a los documentos. Por eso se explica no utilizasen silenciador. No querían asesinarle. Ignoramos lo que forzó al nocturno visitante a disparar. Quizá tuvo que defenderse. El criminal, según nuestra teoría, se apoderó del sobre auténtico dirigido a mí y puso el otro al cadáver. En la cámara fotográfica hallada junto a los cuerpos de los dos agentes de la Metropolitana revelamos un «clisé», donde se observa claramente el dedo índice roto de Harold Gerald. El asesino tuvo que obrar con precipitación. Pretendió simular un suicidio y arrastró a su víctima hasta dejarla en una postura lógica. Robaron el cadáver, haciendo desaparecer las huellas dactilares y para que no reparásemos en la fractura del hueso. ¿Por qué mataron al senador?

—Se lo explicaré, señor Hoover.

Ante el asombro del director del

F. B. I.,

Richard relató el curso de sus investigaciones y la presión ejercida con Janet para obligarla a traicionar a su patria.

—De acuerdo con el jefe de la Oficina de Narcóticos, dejamos en la carpeta, junto con él proyecto de ley para la represión de las drogas, los primitivos planes del departamento que, debido a una serie considerable de modificaciones, carecen de valor. Uno de los mejores hombres de la Metropolitana, el inspector Douglas Dumesnil, sigue día y noche a un tal Thomas Romaine, sujeto sin escrúpulo que ha cumplido varias condenas por robo. Son extraordinariamente hábiles, señor director. El

F. B. I.

no fracasará. Si han matado a Larry Fulton purgarán su delito. Tengo la esperanza de que el inspector esté vivo. ¡Vale más que todos ellos!

—Seré el primero en celebrarlo, Richard. Le doy mi enhorabuena. Ha trabajado con eficacia y acierto. ¿Sospecha de Midge Dillard?

—Sí. Creo que es una impostora. En nuestros archivos policiales carece de antecedentes. He remitido su «foto» a la Surête[6] y espero de un momento a otro la respuesta.

—¿Por qué a Francia?

—Ha nacido allí, nacionalizándose americana. Si consigo demostrar que no fue la prometida del senador capturaré al culpable en veinticuatro horas.

—Así lo deseo, Miller. Le concedo carta blanca. ¿Quiere algo más?

Richard vaciló unos momentos:

—Sí... El comisario jefe de la Policía Metropolitana de Nueva York prohibió a Dumesnil intervenir en este caso. El inspector solicitó permiso para actuar a título personal y se lo negaron. Me temo una seria reprimenda de sus superiores. No obra por espíritu de desobediencia, sino por vengar a sus hombres. No se resigna a permanecer al margen del asunto. Nos ayuda mucho. ¿Por qué no intercede, señor Hoover?

La sonrisa del director del

F. B. I.

se hizo más amplia.

—Se lo prometo. ¿Complacido?

—Sí. Le agradezco mucho su bondad. A sus órdenes.

Miller se cuadró, respetuoso. Su jefe, en un gesto cordial y sencillo, le tendió la mano, tuteándole por vez primera:

—Adiós, Richard. Que tengas mucha suerte.

—Gracias, señor.

El agente del Federal Bureau of Investigation salió del monumental edificio del Departamento de Justicia de los Estados Unidos y en la avenida de la Constitución tomó un automóvil, trasladándose, a través de Washington, al aeropuerto militar. El

F. B. I.

había puesto a su disposición un aparato de bombardeo ligero, que él mismo pilotaba. No en balde actuó en la pasada guerra en una escuadrilla de caza.

Voló sobre el río Potomac, dirigiéndose en línea recta a Nueva York. Iba satisfecho de la entrevista, intuyendo su próximo ascenso.

Transcurrieron los minutos. El avión, a toda velocidad, alcanzó Pensilvania. A la altura del río Delavare, Richard Miller sintió en su

espalda la presión de una pistola, al tiempo que una voz le ordenaba:

—Aterrice o disparo. No intente ninguna maniobra.

El agente del

F. B. I.

volvió la cabeza. Un hombre le encañonaba con una Imponente «German Luger». Por la descripción que de él le hiciera Larry Fulton, le identificó en el acto.

—¡Hola, Mégara! Tú no sabes conducir un cacharro de éstos y nos estrellaríamos los dos. ¿Dónde te escondiste?

—En el depósito de bombas. El jefe me informó de las características de estos aviones. Soborné a un mecánico. Llevo puesto un paracaídas. Si no me obedece le meteré el cargador en el cuerpo y me arrojaré al espacio. Por muy deprisa que manibre me sobrará tiempo.

Richard Miller comprendió que era necio jugarse la existencia sin probabilidades de éxito e hizo descender al bimotor.

—Es un mal terreno. Habremos de seguir hasta...

—No lo crea. Ascienda el curso del río. Las márgenes son amplias y usted es un buen aviador. No lo piense más. Cada segundo merma su posibilidad de vida. Aparte el pie del balancín. ¡Es mi última advertencia! Tengo órdenes de no matarle más que en caso extremo, pero no vacilaré en hacerlo.

Richard, acorralado, obedeció, y diez minutos más tarde el bombardero se posaba en una amplia explanada arenosa, a unos 500 metros del río Delavare. Antes de saltar a tierra, Stephen Mégara, aprovechando que el agente del

F. B. I.

tenía las manos ocupadas en cerrar los contactos, le desarmó. El «gángster» quiso aclarar una incógnita:

—¿De qué me conoce?

—Por referencias —se burló Miller—. No es que te parezcas a la Greta Garbo, pero te das un aire... Te has metido en un mal asunto. Acabarás en la «silla».

Mégara, consecuente con su idea fija, sugirió:

—Supongo que te habrá hablado de mi Jack Elliot. Aunque tarde descubrimos su traición y...

Richard palideció. La frase incompleta era más elocuente que

todas las palabras.

—¿Le habéis matado? —inquirió, con ansiedad.

—No le importa. Por su culpa habremos de andar más de una milla. Debió aterrizar antes. ¡Vaya el primero! Si acerca las manos al cuerpo le acribillo.

Caminaron en silencio. Miller buscaba en vano una salida a su difícil situación. Le angustiaba la idea de morir sin haber vengado a Larry Fulton. Stephen Mégara, acostumbrado al peligro, con una larga experiencia, no se descuidaba. Pidió:

—¿Puedo fumar un cigarrillo?

—No. Los del

F. B. I.

sois gente decidida. No quiero darle la menor oportunidad de fuga. Continúe.

El «gángster» guardó la distancia de cinco metros entre él y su enemigo. ¡Imposible huir!

La posibilidad de encontrar en el camino a algún granjero era casi nula. Seguían el curso del Delavare, lejos de los campos de cultivo.

Al fin llegaron a la carretera de Nueva Jersey, divisando un automóvil, que se acercó a ellos. Thomas Romaine, acompañado de otro hombre, felicitó a Mégara.

—Enhorabuena. Te has ganado los quinientos «pavos». Ahí detrás tienes cuerdas. Amárrale bien. El jefe no tendrá queja de nosotros.

Despacio, para penetrar en Nueva York de noche, recorrieron las sesenta millas que les separaban de la Metrópoli. Dando un enorme rodeo cruzaron el puente sobre el Hudson, entrando en la ciudad por el Harlem. Se detuvieron en una casa de miserable aspecto. Mégara desató las ligaduras que inmovilizaban los pies a Richard, para que éste pudiera valerse por sí mismo.

Los mulatos se incorporaron al verles. Uno de ellos dijo, con marcadas muestras de respeto:

—Sin novedad. Hemos continuado el «tratamiento» con el prisionero.

—Bien. Vigila la entrada —respondió Thomas Romaine—. Llévale con el otro, Mégara, y espera allí. Iré a reunirme contigo dentro de un rato. Acompáñale, Smith.

El corazón de Miller palpitó con fuerza. ¿Se referirían a Larry Fulton? De ser así, su camarada estaba vivo.

Pudo comprobar que sus suposiciones eran ciertas. Un grito de horror se escapó de su garganta. Colgado de las muñecas a una barra del techo, tocando apenas el suelo con las puntas de los pies, desnudo de medio cuerpo para arriba y con el rostro y el tórax cubiertos de llagas, Larry Fulton le miró angustiado. Acababa de disiparse su última esperanza de salvación.

—¡Hola! —saludó roncamente Richard.

Tan grande era su indignación que, aun con las manos atadas, saltó a la izquierda, golpeando con la cabeza la mandíbula del llamado Smith, que se desplomó sin sentido. Revolviéndose como una fiera, perdida la más elemental prudencia, se abalanzó contra Mégara. Los dos hombres rodaron envueltos en mortal abrazo. Richard, a patadas y a mordiscos, no consiguió prolongar la lucha. Stephen aferró entre sus dedos la garganta del agente del

F. B. I.,

apretando con ferocidad. Sangraba por la mejilla derecha de una dentellada.

—¡Déjale!

El «gángster» se incorporó a regañadientes, no sin propinar una patada en un costado al bravo agente del

F. B. I.

Se disculpó ante Thomas Romaine:

—Dejó sin conocimiento a Smith. Es un «tipo» peligroso.

—Dentro de un par de días estará como su compañero. Cuélgale del mismo modo, procurando que puedan verse la cara. Quiero que charlemos un rato.

Mégara, cruelmente, elevó unos centímetros más el cuerpo de Richard, de forma que sus pies no tocaban el suelo. Romaine le advirtió:

—No te excedas. Nos conviene que duren.

Miller experimentó un considerable alivio al apoyar las puntas de los pies en el suelo de cemento. El «boss», encarándose con Larry Fulton, dijo, mientras Stephen reanimaba a su compañero desvanecido:

—Faltan quince minutos para que te azoten de nuevo. Es necio que te niegues a hablar. De tu personalidad no me cabe duda. Eres

un

«G-men».

Quiero saber lo que habéis avanzado en las investigaciones y qué opina vuestro Departamento de la muerte del senador.

Richard oyó la voz de Larry, debilitada por el sufrimiento:

—Perdéis el tiempo. No soy un renegado. No tardarán en apresaros. Nadie burla impunemente al

F. B. I.

—Nosotros, sí. Te ofrecemos una muerte rápida. Quizá tu amigo sea más complaciente —se dirigió a Richard—: Te hemos seguido en Washington y nos consta que te has entrevistado con algunos de tus jefes. ¿Qué instrucciones te han dado?

—La de exterminaros a cualquier costa. Nada nuevo, ¿verdad?

—Efectivamente.

Smith se había recuperado ya y miraba con odio al que le atacó por sorpresa. Los dos miembros del Federal Bureau of Investigation cambiaron una mirada de aliento. No se acobardarían.

—Por última vez os conmino a que digáis la verdad. Mi temperamento sensible padece con la violencia. ¿Qué os contó la hija del senador?

—Los modelos de traje que va a usar en la próxima primavera, que es muy amante de la música y que los perros le dan miedo... —contestó, burlón, Miller—. ¡Ah, sí! Se me olvidaba. Piensa llevar luto. No creo que se me olvide nada.

—Peor para ti. Dale, Smith.

El aludido, sonriendo, se apoderó de un grueso látigo que había colgado en una de las paredes y, tras recabar la aprobación del «boss», le hizo chasquear en el aire con estudiados movimientos.

—Debiera tener bolas en la punta. Admiro los «siete colas» ingleses.

La cinta de cuero ciñóse al cuerpo de Richard, que se mordió los labios para no gemir. Aquel hombre le había golpeado junto al sobaco izquierdo, produciéndole una sensación de quemadura.

Continuó la flagelación por espacio de diez minutos, pasados los cuales el «gángster» sudaba y la americana y la camisa de Richard se hallaban incrustadas en la carne. El valeroso agente del

F. B. I.,

a lo largo del feroz castigo, no pronunció una sola palabra.

—Sigue tú con el otro, Mégara —mandó Romaine.

Miller vió un ramalazo de locura en los ojos de Larry Fulton. Su cuerpo, terriblemente llagado, no resistiría el castigo. Así fué. El inspector del Federal Bureau of Investigation se desmayó tres veces, siendo reanimado con cubos de agua.

—¡Cobardes! —Insultó Richard—. Pegadnos un tiro.

—Os lo tenéis que merecer hablando. Es horrible la muerte a latigazos por la bárbara agonía. En Méjico presencié una cosa semejante. Al expirar, tras dos semanas de sufrimiento, el cuerpo era una completa llaga. La víctima estaba ciega. La punta del látigo le había sacado los globos oculares. Dentro de cinco minutos comenzaremos de nuevo. Os doy ese plazo para decidir.

Larry Fulton, con la cabeza hundida en el pecho, totalmente exhausto, no respondió. Richard Miller le contempló con desesperación admirado de la resistencia física de su compañero.

Transcurrió el tiempo marcado, y los dos mulatos, avisados por Mégara, turnándose, reanudaron el indescriptible tormento...

Douglas Dumesnil, luego de haber seguido a Thomas Romaine desde que éste abandonó el despacho del comisario jefe de la Oficina de Narcóticos, Harry J. Anslinger, se dispuso a afrontar una dura reprimenda de su superior.

A las tres de la madrugada, desde el «*night-club*» de la avenida Montague, se trasladó al domicilio particular de su jefe inmediato, el comisario Lovett, despertándole.

—¿Qué diablos quiere, Dumesnil? ¿Es que no voy a poder librarme de la Metropolitana ni en mi casa?

—Perdone, comisario. El asunto es de extrema gravedad. Escúcheme con calma. No puedo perder el tiempo en disculpas.

Con voz firme refirió a Lovett el curso de las investigaciones, terminando:

—No me reproche Cuando esto acabe fórmeme un expediente, si lo desea; pero es imposible retroceder. He actuado en nombre propio con los del

F. B. I.

Ahora necesito su autorización oficial. He de movilizar medio departamento.

El comisario lanzó una interjección:

—¡Haber dejado que se las arreglasen como pudieran! Que le den ellos sus hombres.

—Conozco mejor a los míos. Quiero organizar una persecución en cadena semejante a la que realizamos con los automóviles. Cada minuto merma mis posibilidades de éxito.

Hubo un breve silencio. Lovett masculló:

—Haga lo que se le antoje y déjeme dormir.

—Gracias.

Dumesnil se incorporó para marcharse. Ya en la puerta oyó a su jefe:

—Cuídese, Douglas. Me molestaría que le ocurriera algo. A los muertos no se les pueden exigir responsabilidades por desobediencia. Suerte.

—Adiós.

Ya en la calle, buscó en vano un vehículo de alquiler, no hallándole. Decidido a impedir que el hombre al que seguía abandonase el «cabaret» antes de que él regresara, desenfundó el revólver, disparando dos veces. Esperó. Estaba seguro de que algún coche de la patrulla o el motorista de servicio no tardaría en presentarse. Así fué. Una «Harley» frenó junto al inspector.

—¿Qué sucede? —inquirió el agente.

—Nada. Lléveme a Centre Street. ¿No me conoce?

El policía respondió negativamente. Fue preciso que Douglas mostrase su carnet.

—A la orden.

A endiablada velocidad alcanzaron la residencia de la Metropolitana en Nueva York. Cinco minutos más tarde, en el despacho del oficial de guardia, Dumesnil movilizaba a todos los hombres disponibles, dándoles un concreto plan de acción.

—Irán en parejas, separados, para que no puedan despistarlos, relevándose por distritos. Vengan conmigo. Provéanse de aparatos de bolsillo de onda corta...

Desde aquella noche, Thomas Romaine fue vigilado estrechamente. Alguna vez llamó su atención un individuo que procuraba no perderle de vista, pero se tranquilizaba al verle tomar ante él un autobús o desaparecer en la boca del «subway». Ignoraba que otros dos detectives, previamente avisados por onda corta, seguían su pista.

Continuamente, los policías relevados comunicaban con Douglas Dumesnil por teléfono a la Jefatura. El inspector, con un automóvil preparado, aguardaba ansioso el momento de actuar. El último aviso fue desconcertante:

—Le seguimos con coches particulares. Se aleja de la ciudad, en unión de otro sujeto.

—Sígale y téngame al corriente.

—De acuerdo. Han atravesado el río Hudson, enfilando la carretera de Filadelfia. Van despacio y nos es fácil adelantarles. Hay bastante tráfico con Nueva Jersey. Confío en que pasaremos desapercibidos.

—De acuerdo.

Desde su despacho, Dumesnil fue siguiendo la huida de Thomas Romaine, hasta que le avisaron se había detenido en pleno campo. Después llegó la noticia desconcertante. Los agentes presenciaron el aterrizaje de un avión en la ribera izquierda del río Delavare. Dos hombres, uno de ellos al parecer prisionero, montaron en el coche, que regresaba de nuevo a la metrópoli.

El inspector de la Metropolitana comunicó con el agente de guardia del Federal Bureau of Investigation, preguntando cuál de sus miembros se hallaba fuera de Nueva York utilizando un avión. La respuesta le hizo palidecer:

—Richard Miller salió para Washington. ¿Ha ocurrido algo?

—Nada por ahora. Le tendré al corriente.

Colgó el auricular, ordenando a un sargento, que le miraba asombrado de la extraordinaria vitalidad de su superior:

—Que cuatro hombres, provistos de ametralladoras y lacrimógenos, me esperen abajo.

Paseó a grandes zancadas por la habitación, esperando nuevas llamadas. Transcurrió media hora. Al fin, con mano trémula, asió el teléfono, escuchando.

—Voy ahora mismo para allá. Que nadie salga de la casa. Calle West, número doce, del Harlem. De acuerdo.

En el vehículo de la Patrulla Móvil ordenó al chofer:

—A toda marcha, aunque nos estrellamos.

Douglas encajó airado las mandíbulas, mientras comprobaba el buen funcionamiento de su revólver. ¡Pobres de quienes se atrevieran a tocar a Richard!

El coche policial tomaba las curvas a velocidad vertiginosa. Algunos se volvían, esperando verle estrellarse contra cualquier escaparate. No era así. Con las dos ruedas en el aire, el automóvil continuaba su carrera.

Frenaron dos casas antes de la denunciada. Dumesnil distribuyó a sus hombres de forma que rodearan la manzana y, solo, utilizando una ganzúa, franqueó la puerta de entrada. Llevaba el revólver firmemente empuñado en su mano derecha.

Le extrañó no encontrar a nadie vigilando en el «*hall*» y despacio, decidido a vender cara su existencia, registró las habitaciones del piso bajo, sin resultado. Una escalera de hierro, de forma caracol, le sugirió una idea. Si los «gangsters» guardaban algún prisionero, ningún sitio mejor para ello que el sótano.

No se había equivocado. Oyó voces y el seco restallar de un látigo. El espectáculo que presenció a través de la entornada puerta del calabozo le llenó de indignación. Un hombre arrojaba un cubo de agua al rostro amoratado de Larry Fulton, mientras otro flagelaba bárbaramente a Richard Miller.

Retrasó su intervención al ver que Thomas Romaine alzaba una mano, dando por terminado el castigo. El «boss» preguntó:

—Os pusisteis de acuerdo para matar a Gilli, ¿verdad?

—Hicimos justicia. El asesinó a dos policías de la Metropolitana que montaban la guardia al cadáver del senador —replicó el agente del

F. B. I.

—. Me hubiera gustado más llevarle a la «silla». No desconfío hacerlo contigo.

—Bien. Comienzas a razonar. Es necio que te comportes como un héroe. ¿Qué te ha contado Janet? ¿De quién sospecháis? Nos consta que las investigaciones van muy adelantadas.

—¿A quién? —inquirió Richard, deseoso de ganar tiempo.

—Al jefe y a mí. ¡Habla!

Miller plegó los labios en un gesto desdeñoso y Romaine ordenó a Stephen Mégara:

—Dale tú ahora. Procura acertarle en los ojos.

El agente del

F. B. I.

se estremeció. El «gángster» alzó el brazo y...

—¡Quietos! —dijo una voz tonante desde la puerta—. Tengo grandes deseos de apretar el gatillo.

Todos se volvieron. Los forajidos lanzaron un grito de rabia. Los miembros del Federal Bureau of Investigation de gozo. Smith llevó su mano derecha a la funda sobaquera y un balazo cortó para siempre su carrera de crímenes.

—Es el primero que cae —avisó el inspector de la Metropolitana—. Es un placer tomarse la justicia por la mano —se dirigió a uno de los mulatos, que le contemplaba con terror—: Desatadles.

El aludido segó las ligaduras con una navaja. Larry Fulton cayó como una pelota, sin fuerzas para sostenerse. Richard, sentándose en el suelo, se apoderó de la pistola que Smith quiso esgrimir.

—Desármales, Douglas —dijo—. No me tiembla el pulso.

Stephen Mégara y Thomas Romaine se consideraron perdidos. Iban a intentar un gesto desesperado, pero las voces de varios hombres se lo impidieron. La Policía, atraída por el disparo, les esposó.

A partir de ese momento, todo fue rápido. Un coche celular, debidamente escoltado, transportó a los cuatro prisioneros. Larry Fulton se negó a dejarse conducir a un hospital, y de mutuo acuerdo, una ambulancia le llevó al domicilio de Dumesnil, donde ya aguardaba un médico...



**En todos los buenos quioscos venden
AVENTURAS DEL F. B. I.
Los malos quioscos venden malos
cuadernos infantiles**

VII



L duro interrogatorio a que fueron sometidos Stephen Mégara y Thomas Romaine no dio el resultado apetecido. Los dos hombres ignoraban la personalidad del que, en las sombras, dirigía la gigantesca organización del contrabando de drogas.

Sin embargo, los informes de los dos «gangsters» fueron interesantes. Lo que buscaban en la Oficina de Narcóticos era precisamente el proyecto de ley que dictaría en breve la pena de muerte para los contrabandistas de drogas heroicas. Al parecer, cuando el decreto se pusiera en vigor, ellos cesarían en sus criminales actividades.

Sometidos al «tercer grado», Romaine y Mégara confesaron su participación en el tráfico de estupefacientes, respondiendo de forma negativa a las acusaciones de Dumesnil en el sentido de que

uno de ellos fue el que se hizo pasar por el juez Alan. Llamado el policía que prestaba servicio en la puerta de la casa del senador, corroboró las afirmaciones de los indeseables.

—Éstos no son. Aunque apenas si recuerdo su rostro, puedo asegurar que llevaba largas patillas y era más bajo.

—Puede marcharse.

Los dos detenidos, bajo la luz de potentes focos que les cegaban y rodeados de agentes, entre los que se contaban Richard Miller y el inspector de la Metropolitana, insistieron, una vez más, en sus negativas con respecto a la identidad del que los mandaba.

—Dejadles —dijo una voz—. En eso no mienten.

Richard se volvió, lanzando una exclamación de gozo al reconocer a Larry Fulton.

—¿Cómo has venido? El médico te mandó...

—¡Al diablo con el médico! —repuso, malhumorado el del F. B. I.

—. ¿Qué tal, Douglas? Me es imposible permanecer en cama. Lo único que necesitaba era comer y dormir.

Dumesnil sonrió, reconociendo:

—Nadie en sus condiciones se hubiera levantado antes de diez días. Estos «tipos» le trataron bastante mal. Por eso no empleo con ellos demasiadas contemplaciones.

—No sacaré nada. Son mercancía que se vende al mejor postor. Enciérrelos y vayamos a su despacho.

—A su gusto. Supongo que tendrá importantes cosas que decirnos.

Douglas hizo a sus subordinados un gesto con la mano y penetró en su gabinete de trabajo, cerrando tras de sí. Una vez solos los tres hombres, el de la Metropolitana ofreció cigarrillos y Larry Fulton habló durante más de media hora. Miller y Dumesnil le escuchaban atentamente. El primero sugirió:

—¿Querrá ella?

—No lo sé. Tú te encargarás de convencerla. Es el único camino. Deteniendo a Romaine y a Mégara hemos roto los puntos de enlace conocidos...

A aquella misma hora, ocho de la tarde, Alfred Vance estrechaba cordialmente la mano de la hija del senador.

—Avísame si te molesto —dijo—. No me encuentro a gusto más que a tu lado. Además...

—¿Qué?

—Temo por tu vida. Esos hombres no se detendrán ante nada. ¿No han vuelto a molestarte?

—No, aunque lo espero de un momento a otro. No insistas, te lo ruego. No abandonaré los Estados Unidos.

El joven abogado contrajo la cara en un ostensible gesto de disgusto.

—He traído mi coche. ¿Vamos al parador?

—Hoy no puedo, Alfred. He de preparar unas cosas.

—¿De trabajo?

—No. Particulares. A las nueve y media he de estar en casa. ¿Qué te ocurre? Te noto preocupado.

—No es nada —mintió el hombre—. Recordaba una historia que me narró mi padre como enseñanza.

Atravesaron la parte comercial de Manhattan, aparcando el coche en las inmediaciones del cementerio Evergreens, en Eastern Parkway. Por la amplia avenida paseaban algunas parejas de enamorados. Janet miró a su acompañante y éste, ofreciéndole un cigarrillo, comenzó:

—Sé que no me quieres. A mi lado conocerías la felicidad.

—No volvamos a lo mismo, te lo ruego. ¿A qué historia te referiste?

—A la de un hombre al que la existencia le llevó a la deriva. En su infancia sólo conoció miseria. Pudo labrarse una posición brillante merced a la ajena caridad y tuvo ansias de poder. Consiguió enriquecerse y, necio, creyó haber vencido a la vida. No fue así. El Destino se complacía en torturarlo y hubo un momento en que reparó que era un fracasado, algo así como un árbol desgajado por el temporal de su misma ambición...

—No te entiendo, Alfred.

—Tampoco es necesario. Quizá algún día puedas comprender muchas cosas. Te llevaré a casa.

En silencio hicieron el largo recorrido. Cuando Janet entró en su domicilio aún no había regresado Midge Dillard. Preparó fiambres y café y esperó a la muchacha, que no tardó en llegar.

Cenaron juntas, refiriéndose a la última innovación de los

comercios.

—Es un curioso aparato —explicó Midge—, que han colocado en los escaparates de los principales bazares, y mediante el cual se puede comprar en las veinticuatro horas del día. Es un micrófono, que funciona tan pronto como se ha dejado caer una moneda de veinticinco centavos en la ranura, estableciendo conexión con una máquina de cinta magnetofónica situada en el interior del establecimiento. Al día siguiente, el pedido es servido al comprador, reembolsándole los veinticinco centavos que depositó en la máquina[7]. Los produce en serie la Darling Company, que los ha bautizado con el nombre comercial de «Tell-it-to». Dentro de poco van a inventar que realicemos las compras sin movernos de casa. No desespero de ver almacenes portátiles.

—Tienes buen humor, Midge. Lo celebro. He de darte una mala noticia. Me marchó de los Estados Unidos esta misma noche. Me asustan los futuros riesgos. ¿Qué te pasa? Te has quedado muy pálida.

—Nada —reaccionó la aludida—. Me había encariñado contigo. ¿Y los asuntos que tu padre dejó pendientes?

—Los resolverá Alfred Vance. ¿Por qué te sonríes?

—Creí que te ibas con él. Hubo un momento en que te supuse enamorada.

—El ignora mi decisión. Quiero rehacer libremente mi vida en cualquier país europeo. Me ha costado bastante conseguir un pasaporte. Empecé a gestionarlo al día siguiente de las amenazas de esos hombres. Tomaré el avión para Italia, que sale del aeródromo de La Guardia a las seis de la mañana. Dejaré preparado el equipaje antes de irme a descansar un rato.

—Te ayudaré. Voy a echarte mucho de menos.

—Yo también. Escríbeme a lista de Correos de Roma.

Las dos mujeres empaquetaron vestidos, abrigos y útiles personales en tres grandes maletas. Al terminar, Janet besó a Midge, diciéndole:

—Ya no nos veremos. He avisado un «taxi», que vendrá a recogerme. Adiós.

—Que tengas suerte, querida. Si en algo puedo ayudarte...

Una vez en su habitación, Janet puso el despertador a las cinco de la madrugada y, tras de echar el pestillo por dentro y asegurar la

falleba de la ventana, se quedó dormida.

Le despertó el repiqueteo del timbre del reloj. Se duchó, vistiéndose rápidamente. Llamaron a la puerta y ella misma salió a abrir. Un hombre, con la gorrilla en la mano, anunció:

—Abajo aguarda el coche, señorita. Mi compañero se ha puesto enfermo y he venido a sustituirle. ¿Me da el equipaje?

—Sí. Tenga cuidado. Pesa bastante.

El chofer sonrió:

—No se preocupe.

Minutos más tarde, el vehículo arrancaba. Eran las cinco y media de la madrugada. De pronto, el motor comenzó a fallar, y a la altura de la calle Cincuenta se detuvo.

—Es la segunda vez que me ocurre —explicó el «taxista»—. Se taponan el conducto de la gasolina.

Echó pie a tierra, levantando el «capot», en el preciso momento que dos hombres se aproximaban. Uno de ellos amenazó a la muchacha:

—Venga con nosotros o lo pasará mal.

—Pero...

—No podemos perder tiempo.

Janet vio que el conductor del vehículo cambiaba breves palabras con otro individuo. Aun sin querer, la joven escuchó parte del diálogo:

—Deja abandonado el «taxi». Mañana se lo devolverán a su dueño.

—No será posible. Tuve que apuñalarle. Me atacó por la espalda y era más corpulento que yo.

Los tres hombres, portando las maletas de Janet, que iba delante, anduvieron unos metros por la calle Cincuenta, hasta llegar a un moderno «Mustang», de motor trasero, capaz para seis personas.

—Suba. Le aconsejo que no oponga resistencia. Tendríamos que golpearla.

Muy pálida, la aludida obedeció. Los «gangsters» charlaron de temas triviales. A la altura de la plaza de Washington, donde se alza el arco dedicado al gran hombre, uno de los raptos vendió los ojos a Janet.

—Debe agradecerme que lo haga. Tendremos un motivo menos

para matarla. Quienes averiguan el emplazamiento de nuestro cuartel general no viven lo suficiente como para ir a contarle a las autoridades.

La hija única de Harold Gerald se esforzó en recordar el itinerario y al fin hubo de desistir. Cruzaron dos puentes, tal vez el mismo en distintas direcciones. Una hora más tarde, el vehículo se detenía en el interior de un jardín que rodeaba un moderno «chalet» de dos plantas.

Del brazo, para que no tropezara con los muebles, Janet fue conducida a través de varias habitaciones.

—Espere aquí, sin moverse —le dijeron.

La joven accedió y, pasados algunos minutos, una voz le autorizó:

—Quítese el pañuelo.

La muchacha lo hizo con curiosidad, quedando defraudada. Esperaba hallarse frente a su interlocutor y sólo la rodeaban las tinieblas.

—Mucho se esconde —comentó, sardónica.

—Es una simple medida de prudencia y demostrarle que nuestro brazo es más largo que las intenciones de usted.

—¿Una nueva amenaza?

—La última. Advertirle que si pretende volver a salir de Nueva York lo hará en un barco para Singapur con gente «desagradable» —matizó la palabra—. Romaine no la amenazó en balde, ni yo tampoco. Ignoro el concepto que tendrá formado de nosotros, pero, en nuestro trato con las mujeres, procuramos ser unos caballeros. Gracias a usted hemos sabido que el Senado aprobará en breve una ley pidiendo la pena de muerte para los traficantes de drogas. El mismo día que entre en vigor quedará libre. Se lo aseguro. Hasta tanto habrá de ayudarnos. Su puesto en la Oficina de Narcóticos es de inestimable valor. No intente traicionarnos.

Reinó el silencio. Janet, estremecida, no contestó. De pronto se hizo la luz, encontrándose la muchacha en una confortable habitación, con una rústica chimenea al fondo. No había nadie. ¡Acababa de hablar con el misterioso jefe, con el hombre que desde el anónimo dirigía la extensa organización criminal!

Oyó abrirse la puerta a sus espaldas y, vendados los ojos, fue trasladada a su domicilio. Un «gángster», galantemente, la subió las

maletas.

—¡Adiós, monada! —dijo, burlón—. Celebraré que te haya gustado el paseo.

Midge Dillard, que salía del cuarto de baño, no pudo contener una exclamación de asombro:

—¡Tú! Me alegro de que cambiaras de parecer. No me atreví a disuadirte, pero...

La voz de Janet sonó con mal reprimida cólera:

—No te preocupes. Ya lo hicieron tus amigos. ¿Cuánto te han pagado por avisarles?...



Ha salido

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡ARGUMENTOS EMOCIONANTES!

¡DIBUJOS DE UN GRAN MAESTRO!

PRECIO: ¡1,25 ptas.!

VIII



las ocho de la mañana, Douglas Dumesnil pulsó el timbre de la casa habitada por Henry Pahissa, el esposo de la mujer a la que amó. Sabía que iba a dar un paso arriesgado en su carrera, pero no vaciló. Le espantaba la idea de que July creyera que actuaba por venganza personal.

Preguntó al mayordomo por el dueño de la casa.

—Está desayunando.

—Bien. Dígale que le espero aquí, y que no tarde. Es un asunto de sumo interés.

Se acomodó en una silla, junto a la puerta. Al pie de la escalera de incendios, Richard Miller montaba la guardia.

El inspector, nervioso, encendió un cigarrillo, aplastándolo contra el cenicero a medio consumir. Se puso en pie, paseando. Para alejar de sí tristes recuerdos examinó los cuadros del vestíbulo,

representando escenas mitológicas. Pensó que debieron costar una fortuna. Oyó ruido a su espalda, y se volvió.

—No me agrada verle, señor Pahissa. El asunto que me trae es de suma gravedad —dijo.

—Lo supongo. Sólo así podré disculparle su incorrección. No son horas de visita.

La respuesta desconcertó al marido de July.

—Los que defendemos la ley vivimos en constante vela.

—Entremos en mi despacho.

—No es necesario —opuso el inspector de la Metropolitana—. Vengo a detenerle.

Henry Pahissa, muy pálido, instintivamente retrocedió.

—No le entiendo —balbució—. Es una broma demasiado pesada. Reclamaré a los Tribunales.

—No le faltará oportunidad —aseveró Dumesnil—. Le acuso del asesinato de Harold Gerald y de dirigir una organización para el contrabando de drogas. Habrá de responder de sus actos. No intente negar. Lo hará con más oportunidad en la Jefatura. Le he seguido desde el hotel del Municipio de Queens. Cayó en la trampa preparada. De acuerdo con Janet, simulamos su huida, para que ustedes se decidieran a impedírselo.

—Carece de pruebas —replicó serenamente Pahissa.

Era cierto. Dumesnil, sin inmutarse, mintió:

—No lo crea. Ordené seguirle. Le será difícil justificar, su presencia en determinados lugares. Janet reconocerá su voz. Hizo mal al no disfrazarla. Claro que no la suponía de acuerdo con nosotros. La imaginaba aterrorizada, dispuesta a todo por huir de la deshonra y de la muerte. Se equivocó. Poseo los suficientes datos como para llevarle a la «silla».

—Enhorabuena, entonces. Así satisfará sus celos, su orgullo, su amor propio. Usted, abusando de su autoridad, contribuirá a que me ajusticien porque me casé con la mujer que amaba.

El inspector, violento, ordenó:

—¡Cállese! Me limito a cumplir con mi deber.

—Se excede por venganza. ¡Es usted un miserable!

El insulto produjo el efecto apetecido. Douglas Dumesnil, encolerizado, abofeteó a su interlocutor. Éste repelió la agresión con violencia, propinando al policía un feroz rechazazo. Henry Pahissa,

con una rapidez increíble, esgrimió una silla, estrellándola en la cabeza del policía, que, aturdido, no pudo impedir que el malhechor huyese.

Se mantuvo en pie con un sobrehumano esfuerzo, y al fin cayó desvanecido.

Volvió en sí con una agradable sensación de frescura en las sienes. Inclínada sobre él, July le bañaba la frente con agua. Quiso incorporarse. Ella se lo impidió.

—Aguarda. He de vendarte. Lo oí todo. Hace cinco minutos que Henry salió. No podrás capturarlo.

—¡Apártate!

La sangre se deslizaba por su mejilla derecha. July no le dejó levantarse.

—¡No seas testarudo! Sólo pretendo ponerte un esparadrapo. ¿Por qué no encargaste a uno de tus hombres el detenerle? ¡Tuviste que ser tú!

Había un doloroso reproche en la voz de la mujer. Dumesnil replicó con dureza:

—Entre vosotros y yo no hay nada de común. Era un delincuente. Nada más. Lo siento por ti, July —agregó, humanizándose—, pero no tiene remedio. Su fuga demuestra su culpabilidad. ¿No observaste en él nada raro?

—No contestaré a ninguna de tus preguntas. ¡Es mi marido!

—Perdona. Adiós.

—Espera. Prométeme una cosa.

—Si es posible, la tienes concedida de antemano, July.

—No le persigas tú. Que se encarguen otros de hacerlo.

—¿Tanto le amas?

—No —contestó ella, bajando la vista—. Es un hombre desesperado, y puede matarte...

Apenas dichas tales palabras, se arrepintió, desapareciendo de la vista de Dumesnil, el cual, desconcertado, salió a la calle, dirigiéndose al encuentro del agente del

F. B. I.

—¿Qué hay? —preguntó Richard.

—Provocó una cuestión personal conmigo, y llevé la peor parte. Ha huido.

—No se preocupe —le Consoló Miller—. No podrá salir de

Nueva York. Movilizaremos a toda la Policía, retransmitiendo su retrato por telefoto. Caerá en nuestras manos.

—Así sea, Richard. Jamás me perdonaré que por una imprudencia mía escape el misterioso jefe que tanto nos costó descubrir.

Chispearon los ojos del agente del Federal Bureau of Investigation, pero no dijo nada.

En un «taxi» se trasladaron a Centre Street, desde donde pondrían en marcha el gigantesco engranaje de la ley...

Midge Dillard, atónita, no respondió a la acusación de Janet. Los ojos de la muchacha expresaban dolor. La hija de Harold Gerald insistió:

—Eres la única que conocía mi marcha. Sólo tú pudiste ponerles en antecedentes de mi viaje.

La inculpada sonrió con tristeza.

—Te equivocas. Me disponía a abandonar el piso cuando, al mover uno de los butacones, encontré esto —mostró a la joven un disco metálico repleto de pequeños agujeros y al que iba unido un cable—. No sé cómo habrán podido instalarlo. El resto del hilo, escondido debajo de la alfombra, salía por la ventana de tu dormitorio.

—Es un micrófono.

—Exacto. Escucharon nuestras conversaciones. ¿Cómo pudiste sospechar por un momento...?

La congoja impidió continuar a la joven. Janet, comprendiendo que había obrado injustamente, rogó:

—Perdóname. Tengo los nervios tan destrozados, que...

Rompió a llorar. Su hermoso cuerpo se estremecía en convulsiones nerviosas. Midge Dillard, sobreponiéndose, le acarició el cabello con ternura.

—Vamos, no seas niña. Cálmate.

Sonó el timbre de la puerta. Janet miró, asustada, a su compañera.

—¿Quién será?

—No temas. Vete arreglando. Son cerca de las nueve, y debes ir a la oficina. ¿Quieres que te disculpe con tus jefes?

—No. Me encuentro bien; algo cansada, quizá. Ve a abrir.

Midge salió, regresando a poco con Richard Miller, el cual, con

rostro sonriente, exclamó:

—Vengo a darle una gran noticia. Hemos conseguido descubrir al culpable de la muerte de su padre. ¿Qué le pasa, Midge? ¿Palidece?

—Es de alegría. Janet se verá libre de amenazas y Harold se verá vengado. ¿Quién es?

—Henry Pahissa. Dumesnil desconfiaba de él. Fue una de las últimas visitas que recibió el senador. La Policía le busca. En este momento, Larry y Douglas realizan un registro en su domicilio. Nuestra treta dio resultado. ¿Qué es eso?

Cogió el micrófono que Midge depositó sobre la mesa. Janet explicó lo ocurrido y su acusación contra la prometida de su padre.

—Fui injusta. Ella se ha sacrificado por mí Sin su compañía, no sé qué hubiera hecho.

—Son naturales tus sospechas. Dispongo de toda la mañana para dedicártela. He telefoneado a Anslinger, con quien me une una buena amistad, y te da permiso. Arréglate. Te espero. Deseo que conozcas a mi madre.

—Nunca me hablaste de ella.

—En mi vida oficial —sonrió Richard— carezco de familia. Particularmente, me agrada presentársela a mis amigos. Midge me perdonará que no la invite. Cuando sepa lo que pretendo aplaudirá mi prudencia.

Espontáneamente se habían hablado de tú por vez primera. Una oleada de simpatía inundaba el alma de los dos jóvenes.

No tardó mucho Janet en arreglarse, y en el «Chevrolet» propiedad del agente del F. B. I.

se dirigieron al Central Park.

—¿Dónde reside tu familia? —preguntó ella.

—En Boston...

—Entonces... No te entiendo.

—No tardarás en comprenderlo. Quiero que comuniques a todos los que nos conocen nuestra próxima boda. Más tarde romperemos el compromiso. No puedo explicarte más. Necesito tu confianza. ¿Lo harás?

Desconcertada, la muchacha no respondió. Al fin, sin mirarle, dijo:

—Sea como dices. ¿Por eso me has tuteado antes?

—No, Janet. Me ha salido del corazón. Te estimo mucho. ¿Me perdonas que calle los motivos que me inducen a pedirte semejante cosa?

—Sí.

La joven se esforzó en dominar la tristeza que la invadía mientras paseaban por el maravilloso parque de Nueva York. Se detuvieron ante un lago en el que, majestuosos, nadaban varios cisnes.

—¿Crees que capturarán a ese hombre?

La pregunta de Janet disgustó a Richard. El la suponía entregada a la belleza del momento, a la paz de aquellas horas maravillosas, lejos de la agitación de la metrópoli.

—Sí —replicó—. Han sido tomadas todas las carreteras y nuestros mejores agentes vigilan los aeródromos y muelles. Quizá se tarde en conseguirlo, pero será detenido. Nadie burla impunemente a la Ley.

Callaron. Un grupo de pequeñuelos correteaba a lo lejos.

—Ellos son felices —comentó Richard con amargura—. Cuando, mayores, empiece a gritar en su carne la pasión, comenzará su infortunio. Es dura la vida, y pesa...

Janet alzó los ojos, sorprendida por el tono desesperado de su compañero.

—No te entiendo —dijo—. Te creí dichoso siguiendo tu vocación.

—No basta el trabajo para llenar la existencia de un hombre. Se necesita algo más, y eso no puede sernos otorgado a los que militamos en el

F. B. I.

Hoy o mañana, ¡quién sabe si dentro de unos segundos!, una bala se cruza en nuestro camino. ¿Conoces la historia de Dumesnil? Se enamoró profundamente de una mujer y la rechazó de su lado. Es amarga la espera del ser querido con la incertidumbre de si regresará.

—Douglas se equivocó.

—Tiene tres cicatrices en el cuerpo. Los delincuentes se defienden a la desesperada. No les importa una muerte más si consiguen librarse de la Justicia. Los que les persiguen tienen

órdenes de capturarlos vivos, y no hacen fuego más que en casos desesperados. ¿Quieres que veamos el Parque Zoológico? Me avergüenza reconocer que nunca lo visité.

En el automóvil, a través de los caminos para carruajes, llegaron al lugar indicado, y tras abonar el importe de la entrada recorrieron el Zoo, deteniéndose ante diversas jaulas de animales feroces.

—Mejores que muchos hombres —dijo Richard en alta voz, como si nadie le escuchara.

Mientras tanto, bajo las órdenes de Larry Fulton y Douglas Dumesnil, cientos de policías patrullaban por Nueva York a la captura de Henry Pahissa. Desde la Jefatura, ante un detallado plano de la ciudad, los inspectores dirigían la caza del hombre.

Dos teléfonos llamaban constantemente, transmitiendo noticias, y por radio, desde el Gabinete Técnico, se enviaban órdenes a los coches de la Patrulla Móvil.

Un aviso movilizó al departamento:

—Ha sido visto un individuo de las mismas señas que el que buscamos en la avenida des Parque. El sargento Menzel le dio el alto, y en vez de entregarse penetró en uno de los hoteles, refugiándose en él. Le hemos cercado. ¿Actuamos ya?

—No —tronó el vozarrón de Dumesnil—. Esperen a que lleguemos.

Colgó el auricular, informando en breves palabras a Larry.

—Vamos allá.

Tres automóviles policiales alteraron el tráfico de las populosas calles de Nueva York, dirigiéndose al lugar indicado. Douglas felicitó al teniente que le comunicó el hallazgo de Henry Pahissa y al sargento Menzel.

—Veo que han tomado todas las precauciones. Me temo que ese hombre no se entregue.

Subió a uno de los coches blindados, provisto de un altavoz en el techo, y por medio de un micrófono habló:

—¡Atención!... ¡¡Atención!!... Henry Pahissa, ríndete y se te juzgará. Estás cercado y no podrás huir. Te concedemos cinco minutos para que salgas con las manos en alto.

Un disparo fue la respuesta. El proyectil se estrelló contra una de las aletas del vehículo. Una ráfaga de ametralladora entonó su canción mortal. La batalla había comenzado.

Fuera del ángulo de tiro, Larry y Douglas conferenciaron. El primero afirmó:

—Será inútil cuanto hagamos. Sabe que le espera la «silla» o muchos años de prisión, y se defenderá hasta el fin.

—Además, hay una segunda razón. La de ser yo quien le acosa. Me odia profundamente.

Perseguidores y perseguido cambiaron algunos proyectiles, sin otras consecuencias que sembrar la alarma en los moradores de las lujosas residencias vecinas. Las primeras detonaciones quizá las atribuyeran a escapes de algún motor de automóvil, pero el despliegue de fuerzas y las sirenas de los coches patrulleros que continuaban llegando evidenciaban claramente la lucha entre la ley y el crimen.

Transcurrieron los minutos. De nuevo, desde el altavoz, conminaron a Henry Pahissa a entregarse; más éste continuó haciendo fuego a leves intervalos, sin duda para demostrar a la Policía que no se descuidaba en la vigilancia.

El inspector del

F. B. I.,

no queriendo emplear los gases lacrimógenos en atención a los inquilinos de las casas contiguas, tras ordenar a sus camaradas que disparasen sin interrupción, con un desprecio absoluto del peligro, se dirigió a la verja. Dumesnil quiso acompañarle, y Fulton se lo impidió:

—Déjeme a mí. Antes me ha referido parte de su entrevista con ese hombre. Sería lamentable que el acusado creyera que obraba impulsado por el odio.

Saltó al jardín, escondiéndose tras un seto. Una bala buscó su cuerpo, sin hallarle. Una rama de boj fue cortada limpiamente por el proyectil.

Larry Fulton reptó hasta alcanzar una de las ventanas laterales del edificio. Se hallaba cerrada. Con la culata del revólver rompió el cristal, haciendo girar la falleba. El continuo tiroteo impidió que Henry Pahissa escuchara el ruido de los vidrios al caer.

Una vez en el interior de la habitación, el inspector del

F. B. I.

se orientó, trazándose un plan de acción.

Abrió la puerta que comunicaba con un pasillo, y vigilante,

temiendo ser sorprendido a traición, llegó hasta el «*hall*», de donde partía una amplia escalera de mármol que comunicaba con el piso superior.

Ascendió peldaño a peldaño. Una bala rebotó en la balaustrada, a dos centímetros de su pecho. Larry vio una sombra que cruzaba por el descansillo superior. No replicó a la agresión. Necesitaba capturarlo vivo, para obligarle a declarar los nombres de sus cómplices.

Comenzó una labor rayana con el suicidio. Detrás de cada puerta podía acecharle la muerte.

El registro no obtuvo resultado. Fuera, Douglas había ordenado cesar el fuego, temeroso de que cualquier bala hiriese a Larry Fulton.

El bravo inspector del Federal Bureau of Investigation asomó la cabeza, oteando la parte trasera del jardín. Aquel movimiento pudo costarle la vida. Henry Pahissa, desde la azotea, disparó por dos veces. Larry sintió una quemadura en la sien derecha y cayó desvanecido. El forajido dio un grito de júbilo, creyendo haber matado a su adversario.

Fulton recobró el conocimiento con una enorme sensación de peligro. Entornó levemente los ojos, sin moverse. A dos pasos de él, Henry le miraba con odio.

Pensó que tal vez le tomaba por muerto. Notaba correrle por la mejilla derecha un líquido pegajoso.

El indeseable, con la mano que empuñaba la pistola caída a lo largo del cuerpo, giró sobre sus talones, saliendo. El del F. B. I.

reparó que su revólver estaba caído en el jardín, por haberle soltado cuando asomaba fuera de la ventana los brazos y el cuerpo. Sin armas, decidido a terminar de una vez la sangrienta lucha, se incorporó. Le doña atrocemente la cabeza.

Escuchó varios disparos con los que el fuera de la ley hostigaba a los de la Metropolitana desde uno de los balcones, y fue en su busca, confiando en que la Providencia le ayudaría.

Se orientó por las detonaciones, y a través del ojo de la cerradura vio a Henry, que, escondido detrás de las persianas de madera, vigilaba los movimientos de sus enemigos. Esperó. El hombre, agotado el cargador, lo extrajo de la automática para

llenarlo de nuevo de balas.

Irrumpió como una tromba en la habitación. El marido de July le miró con espanto, como si se tratara de un resucitado. Se rehízo, y comprendiendo que no le daría tiempo a poner el arma en disposición de disparar, la arrojó al suelo, lanzándose contra el inspector del Federal Bureau of Investigation, que, sorprendido, rodó por el suelo ante la violencia del choque. No podía sospechar semejante acometividad por parte del enclenque individuo. Recordó, mientras se esforzaba en separar de sí a su enemigo, que de un golpe puso fuera de combate al corpulento Dumesnil. El recuerdo le hizo comprender que Henry Pahissa conocía perfectamente la lucha y el boxeo.

Notó un agudo calambre en el brazo, y rehaciéndose, en el suelo, propinó un brutal puñetazo a su agresor, contorsionando el cuerpo. Se puso en pie. Por la posición adoptada por su enemigo, Fulton reparó en que conocía a fondo el «*jiu-jitsu*». Se sonrió. Estaba calificado entre sus compañeros como un especialista de la lucha japonesa.

Los dos hombres se observaron, esperando un descuido de su antagonista. Fulton habló:

—Es necia su resistencia, Henry. Aunque acabara conmigo, no podría escapar de los que le aguardan.

—Lo sé. Me cabe la esperanza de que Dumesnil suba por mí. Tenemos una cuenta pendiente.

—No lo hará, bien a su pesar. Si yo no consigo reducirle, ordenarán un asalto en masa.

Larry retrocedió. La mano rígida, de canto, de Henry cruzó a unos centímetros de su cara. De haber sido alcanzado, yacería sin conocimiento.

Pahissa rugió, airado. Fuera comenzaba de nuevo el tiroteo.

El inspector del

F. B. I.,

aprovechándose del desconcierto que la reanudación del ataque produjo al forajido, se lanzó a un feroz cuerpo a cuerpo, confiando en su superioridad física. Oprimió ferozmente los costados de su adversario, hundiendo sus dedos índice y pulgar a la altura de los riñones. Oyó un jadeo entrecortado del hombrecillo, quien, a la desesperada, proyectó su cabeza contra la mandíbula de Larry.

Luego, enloquecido por el dolor, alzó la rodilla, alcanzando a Fulton en la ingle.

El inspector soltó su presa, cayendo al suelo. Gimió, apretándose con ambas manos el lado herido. Henry Pahissa abrió el balcón, y cogiéndole en brazos, en un alarde increíble de audacia y fortaleza, se asomó, gritando:

—¡Os devuelvo a vuestro compañero!

Arrojó el cuerpo al jardín. Fue su último acto criminal. Una ametralladora clavó en el pecho del miserable varios proyectiles. Desde la avenida del Parque, los de la Metropolitana le vieron doblarse y caer.

El inspector Dumesnil fue el primero en llegar junto a Larry Fulton, comprobando con gozo que aún vivía.

—¿Pido una ambulancia? —preguntó uno de los agentes.

—No. Llévadle en un coche. No podemos perder tiempo.

Douglas, ayudado por dos de sus hombres, condujo al herido a uno de los automóviles de la Patrulla Móvil, que partió veloz en dirección al hospital Lyingin, en la Segunda Avenida. Dumesnil, luego de comprobar que Henry Pahissa había muerto, ordenó al sargento Menzel:

—Venga conmigo. Vamos a efectuar un registro en la casa de ese hombre.

No tardaron en llegar al domicilio del esposo de July. La mujer los recibió, pálido el semblante.

—¿Y Henry?

—Resistió a la Policía, y fue muerto —repuso brutalmente Douglas.

Ella retrocedió unos pasos, gritando:

—¡Fuiste tú!... ¡Miserable!... ¡Cobarde!...

Dumesnil estrujó sus manos para no abofetear a la que amaba. Ronco, contestó:

—¡No seas necia, July! Traficaba en drogas y asesinó a Harold Gerald, malhiriendo a un inspector del F. B. I.

Venimos a efectuar un registro en sus papeles. Acompáñanos, si quieres. Hemos hecho lo imposible por capturarlo vivo.

Sin reparar en si era o no seguido, avanzó por el pasillo, penetrando en el gabinete de trabajo.

Los cajones de la mesa estaban cerrados, pero no fueron obstáculo para Dumesnil, que con una ganzúa los franqueó, examinando, cuidadoso, su contenido. Alzó la cabeza, y al reparar en el gesto de asombro del sargento, le dijo:

—Pida telefónicamente al comisario que me envíen una orden de registro. A veces conviene olvidarse un poco de los formulismos.

El aludido se apresuró a obedecer, y luego se puso de nuevo a las órdenes del inspector, el cual, tendiéndole una gruesa carpeta de correspondencia, le indicó:

—Cualquier dato puede ser interesante. Por fortuna, no tenemos prisa.

Transcurrió una hora larga, pasada la cual, July y un hombre de porte distinguido les interrumpieron. Douglas se puso en pie con cortesía. Ella presentó:

—Es nuestro abogado. Le mandé llamar.

—Mucho gusto en conocerle.

—No diría yo tanto —respondió el recién llegado—. ¿Por qué no mostraron la orden judicial? ¿Acaso carecen de ella? Si es así, entablaré un pleito contra ustedes.

El sargento y el inspector cambiaron una mirada. No esperaban la intromisión de aquel individuo.

—Verá —dijo Douglas—. El señor Pahissa se puso fuera de la ley y mato a algunos hombres. Me explicaré detenidamente...

Intentaba ganar tiempo. Comprendiéndolo así, el abogado le interrumpió:

—Enséñeme esa orden. Soy perro viejo, para dejarme engañar por ningún policía...

Dumesnil comprendió lo apurado de su situación. Al F. B. I.

quizá le estarían permitidas cosas como aquéllas, pero los de la Metropolitana tenían que actuar con arreglo a un estrecho Código.

—No sea impaciente —se defendió. Estaba seguro de que iba a tener un serio tropiezo en su carrera—. El caso es que no sé dónde la he puesto.

Cachazudamente buscó en sus bolsillos, ante la burlona mirada del jurista. Douglas necesitaba ganar minutos para...

—¡Hola, Ernest! —dijo a un policía uniformado que entraba en ese momento—. ¿Y la orden de registro?

—Aquí la tengo. El comisario...

—Nada, nada... No se moleste —le interrumpió el inspector, tomando entre sus manos un papel que, a su vez, entregó al abogado—. Tenga. Soy muy distraído, y se la di a uno de mis hombres para que no se perdiese, mandándole quedar de guardia en la puerta.

—¡Qué extraño! No le vi.

—Iría a tomar una copa, aunque es contrario al Reglamento —arguyó Dumesnil—. Tendré que arrestarle.

—Pero yo, señor... —quiso defenderse el policía.

—Le perdono, por ahora. Quédese con nosotros. ¿Desean algo más? Para su conocimiento, les diré que he encontrado documentos comprometedores. Aquí hay una credencial extendida en el año 1940 por el Alto Estado Mayor alemán ordenando se dé a Henry Pahissa toda clase de facilidades en territorio dominado por los nazis, y un libro de claves. Lo he descubierto en el doble fondo de uno de los cajones. Creo que tu esposo, July, perteneció en tiempos al famoso Abwehr, el Servicio Secreto germano, y que al terminar la guerra derivó sus negocios al contrabando de drogas. Ahora me explico sus extraordinarias condiciones para la lucha. Nos venció a mí y a Larry Fulton. Estaba habituado a enfrentarse a la muerte.

Encendió un cigarrillo, estudiando con atención la fisonomía de July, mientras en su cerebro, con angustia, se agigantaba una sospecha.

—No me mires así, Douglas. Lo ignoraba.

—Lo supongo. Sin embargo, te verás obligada a responder a un buen número de preguntas. Continuemos, Menzel.

Los dos policías prosiguieron sus investigaciones. Detrás de uno de los cuadros hallaron una caja de caudales secreta. Dumesnil, encarándose con July, inquirió:

—¿Sabías su existencia?

—Sí, aunque nunca la utilicé.

—¿Y las llaves?

—Las llevaba siempre encima.

Douglas hizo una seña a Menzel, que se puso al habla con la Jefatura. Tras cinco minutos de conversación colgó el auricular, diciendo a su superior:

—Mandan a un motorista. No tardarán mucho.

—Hagamos un cigarrillo, entonces. Fuma, July. No me guardes rencor. La ley es inflexible. Me dolería saber que me odiabas.

La mujer aceptó el «Philip Morris» que el inspector le tendía.

—No deben preocuparte mis sentimientos. Emplearé tu frase favorita. El engranaje de la Justicia es demoledor...

Una vez que trajeron las llaves Dumesnil encontró en el interior de la caja fuerte numerosos paquetes conteniendo drogas heroicas. Las mostró a July y al abogado.

—Con esto un tres por ciento de la juventud americana enloquece...

Velja Brothers se incorporó respetuoso al reconocer al que llegaba.

—Siéntate —le dijo—. Celebro que vengas. Han capturado a Henry Pahissa. ¿Qué hemos de hacer?

No obtuvo respuesta. El visitante se sentó frente al dueño de la casa. El gesto del irascible Velja, de rostro anguloso y labios delgados, no reflejaba la autoridad de su primera entrevista con el senador ni la cólera que demostró al inspector Dumesnil cuando fue llamado a su despacho para declarar el móvil de la visita a Harold Gerald, sino un profundo respeto, casi temor. Una voz lenta, sin inflexiones, se oyó en el modesto despacho.

—Ha llegado la hora de salir del país, liquidando todos los asuntos. ¿Dónde piensas ir, Brothers? Tú y Henry erais los únicos que conocíais mi identidad.

—No te entiendo, jefe. Hablas de mí como si estuviera...

—No te pares. ¿Muerto? No te equivocas. No puedo exponerme a que te capturen.

El recién llegado había esgrimido una pistola con silenciador. Velja abrió los ojos con espanto.

—¡No dispaes! Corrimos juntos muchos peligros. Tú me iniciaste en este negocio, recién llegados del frente. Era un hombre consumido por el odio, arruinado. Me convenciste. No merece la pena defender a una patria ingrata. ¡Tarde me he dado cuenta del error! Los hombres pueden equivocarse, ser injustos. Los valores espirituales permanecen en pie. No te traicionaré. No sospechan de nosotros...

Sonó un leve chasquido y Velja Brothers recibió un impacto en el pecho.

Se incorporó con las fuerzas de la agonía y un segundo proyectil le destrozó la cabeza llenando la mesa de sangre. Al caer arrastró consigo el sillón en que estuvo sentado.

El asesino guardó la automática y salió despacio, procurando no ser visto...



MADRE:

**Ha salido una publicación infantil, de dibujos,
moral y amena:**

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡ENCANTARA A TUS HIJOS!

IX



ICHARD abrió el telegrama enviado desde Washington; guardándose en el bolsillo otro a nombre de Larry Fulton. Leyó:

«Enhorabuena, inspector Miller. Hoover».

Su corazón palpitó acelerado. ¡Al fin llegaba el ascenso! Sonrió enigmáticamente. Tanto el director del «Federal Bureau of Investigation» como la opinión pública daba por terminado el asunto que comenzó con el asesinato de Harold Gerald para convertirse en el descubrimiento de una amplia red de tráfico de drogas. Sin embargo, él era el único que sospechaba una verdad que haría sonrojarse a los inspectores de la Metropolitana y del

F. B. I.

Bajó las amplias escaleras del edificio de Centre Street preguntando al encargado de la correspondencia:

—¿Vino el correo del extranjero?

—Aún no, señor Miller.

—Telefonéeme al hospital Lyingin si hubiera algo para mí.

Montó en su anticuado automóvil dirigiéndose a la Segunda Avenida donde se halla instalado el establecimiento sanitario, uno de los más modernos del mundo.

Larry le recibió cordialmente, invitándole a sentarse. Su aspecto era inmejorable.

—¿Qué traes? —dijo.

—Un telegrama de Hoover.

—¿Cómo lo sabes?

—Recibí otro igual. ¿Lo abro?

—Hazlo y léelo. Supongo que no será una reprimenda.

—Al contrario, te felicita y desea que te restablezcas por completo. No sé por qué se me hace la idea que en breve saltarás al Estado Mayor.

Los documentos encontrados por Dumesnil en la casa de Henry Pahissa son de mucha importancia. ¡Todo un éxito!

—A costa de una pierna y un brazo rotos. Escapé mejor de lo que pensaba. Ese tipejo insignificante me dio una lección de lucha.

Hubo unos minutos de silencio. El dormitorio era amplio, con un enorme ventanal que daba a un jardín. No le faltaba detalle para asegurar la comodidad de los enfermos. Teléfono en la mesilla, calefacción para los meses invernales y refrigeración de aire para los calurosos, un pequeño aparato de televisión que el paciente podía manejar a voluntad desde la cama...

—Dan ganas de que le peguen a uno un tiro para descansar aquí una temporada —bromeó Richard Miller.

—No barbarices. Dame un cigarrillo.

El agente del

F. B. I.

puso a Larry en los labios, encendido ya, lo que le pidiera. En ese momento repiqueteó el timbre del teléfono. Richard le tomó.

—Si... Al aparato... Voy enseguida... No, no me lo manden —colgó y volviéndose a Larry, dijo—. ¿Quieres algo? Esperaba algo

importante y al parecer ha llegado.

—Nada. Felicitarle únicamente. Por Douglas sé que vas a casarte con Janet. Lo siento por ella. No se merece un perillán como tú.

Fulton sonreía cariñoso al pronunciar tales palabras. Richard, prometiendo hacerle una nueva visita, salió del hospital encaminándose a la máxima velocidad permitida por los agentes del tráfico a la Delegación de Nueva York del «Federal Bureau of Investigation» donde le entregaron un sobre que abrió con mano trémula. No pudo contener un gesto de gozo.

Se puso en comunicación con Janet.

—¿Te falta mucho para terminar el trabajo? Quisiera verte.

La hija del senador contestó desde el otro lado del hilo:

—Dentro de una hora estaré libre. Me espera Alfred Vance. Parecía excitado. Ven, si quieres.

—No es nada de importancia ve tarde a tu casa. ¿Contenta?

La voz de Janet vacilaba al contestar:

—Sí. ¿Por qué no había de estarlo? Al fin me veo libre de amenazas y papá ha sido vengado. Hasta luego.

—Adiós.

El agente del

F. B. I.

cortó la comunicación. Luego de comprobar que su automática estaba cargada salió a la calle y, en su automóvil, se hundió en el enorme tráfico de Manhattan, con sus típicos embotellamientos...

En el parador de la carretera de Bridgeport, Alfred Vance, con el semblante preocupado, servía «*Champagne*» a Janet. La muchacha, observando a su acompañante, le preguntó:

—¿Qué te sucede? ¿Tuviste algún disgusto?

—Sí —replicó él mirándola fijo—. Vaya mi respuesta en un brindis. Por tu boda con Richard Miller. Me lo ha dicho Midge. Ese hombre no te conviene. Apenas si gana para vivir y está en constante peligro.

Apuró el espumoso vino de un trago. La joven, desconcertada por la actitud de Alfred, le imitó. No sabía qué decirle. Propuso:

—¿Me invitas a bailar?

—Sí. Es mi música favorita.

La orquesta interpretaba un «fox» lento de suave cadencia. Janet

sintió sobre su rostro los ojos de Vance que la apretaban por la cintura cual si quisiera retenerla para siempre.

—No te entristezcas —comenzó—. Sin mi serás feliz también.

—No, Janet. Mi cariño es tan fuerte que nada ni nadie podrá reemplazarlo.

No hablaron más. Al sentarse de nuevo en las cómodas sillas, la muchacha rogó:

—Vámonos, Alfred. No quiero regresar tarde.

Montaron en el vehículo propiedad del pasante de Harold Gerald y éste tomó la dirección opuesta a Nueva York.

—Te equivocas. Esta carretera lleva a...

—A Boston —terminó él—. Desde allí seguiremos a Vermont para pasar al Canadá a la altura del Lago Champlain. ¡No habrá fuerza humana que te separe de mí!

Detuvo el vehículo. Janet, horrorizada, exclamó:

—¡Reflexiona, Alfred! ¡No té portes como un miserable!

—Defiendo mi vida —repuso él—. He liquidado todos mis asuntos. En el maletero llevo setecientos mil dólares y algunos papeles que no he juzgado oportuno destruir. Serás dichosa a mi lado, Janet. ¡Quieta! Estoy decidido incluso a matarte. No permitiré que te cases con ese policía.

Sujetó a la joven por el brazo cuando intentaba abrir la portezuela y pisó a fondo el acelerador. La muchacha se consideró perdida.

Reparó que el abogado miraba por el espejo retrovisor y le imitó. Los faros de un automóvil hicieron palpar su corazón. «¿Será Richard?», se preguntó. Desechó la idea por absurda. El agente del

F. B. I.

iría a buscarla a su casa. Sin duda se trataba de alguien que se trasladaba de un lado a otro de los Estados Unidos.

Vance aumentó la marcha sin conseguir despegarse de su seguidor. Al fin, en un gesto de audacia, arrojándose al borde de la carretera paró mientras esgrimía una automática. Era necio continuar la huida con la incertidumbre de si un enemigo le acechaba.

El abogado no se equivocó: Miller frenó a pocos metros de distancia y, erguido, con un absoluto desprecio del peligro, se

aproximó a Janet y a Alfred.

—Hola —dijo irónico—. ¿Rapta a mi prometida, señor Vance? No tema. No conquistó a las mujeres a balazos —se encaró con la muchacha—. ¿Por qué lo hiciste?

La escena, iluminada tenuemente por los faros de los automóviles y por una luna tímida que asomaba entre pequeñas nubes, tenía un marcado matiz dramático. El pasante de Harold Gerald encañonaba al recién llegado, que sonreía burlón. Janet, horrorizada, contemplaba a los dos hombres temiendo un fatal desenlace.

—Márchese, Richard —ordenó Alfred—. No quisiera verme obligado a disparar contra usted.

—¡Sorprendente! —se burló el aludido sin retroceder—. Habla como un criminal nato. Me interesa su nueva personalidad, tanto que es posible que me decida a detenerle. Se ha quitado pronto la máscara.

—No sea necio —replicó Vance con sequedad—. Le propongo, en honor a Janet, un pacto. Su vida a cambio de su silencio. No le mataré si vuelve por el mismo camino que trajo. Tengo poca paciencia.

Richard pareció meditar durante unos segundos, pasados los cuales, contestó:

—Es posible que acepte, más antes quiero decirle algunas cosas. A mí fue al único a quien no engañó. Se comportó como un necio. Al afirmar que conocía a Midge Dillard como prometida del senador, siendo falso, se hacía cómplice de ella. Era mi prueba fundamental y París me la ha confirmado. En estos momentos la estará deteniendo la Metropolitana. Midge llegó a Nueva York un día después del asesinato del padre de Janet, aclamada por la «Surête». Afirmé haber capturado al verdadero culpable porque necesitaba confiarle, Alfred, único jefe de la organización criminal. Me convencí de que Midge y usted estaban de acuerdo la noche en que cité a Janet a las cinco de la mañana en las inmediaciones de la «Dársena Atrántica». Avisó a los «gangsters» a sus órdenes, los cuales, sin consultarle, decidieron suprimirnos. Por fortuna no lo consiguieron. Su amor por Janet es superior a su instinto de conservación. Aquí se centró mi primera sospecha. La segunda fue en la fuga simulada de Janet. Sólo Midge y yo lo sabíamos. Muy

ingenioso lo del micrófono escondido aunque no tanto como para engañarme. ¿Me equivoco?

—No. No le imaginé tan peligrosamente listo. Creí que al dejarme golpear en la carretera conseguiría dos objetivos. El primero despertar admiración y amor; el segundo desvirtuar las sospechas que pudieran cernirse sobre mi persona. Odié al senador porque estaba seguro de que me negaría la mano de su hija. Le mezclé en un asunto criminal para, hundiéndole, hacer a Janet más asequible. Luego la comprometí ofreciéndole la fuga como único remedio. Prácticamente había liquidado ya mis negocios y me interesaba poner tierra por medio. El decreto de pena de muerte a los traficantes de drogas me hizo comprender que las autoridades pondrían extraordinario celo en combatirme. Harold Gerald, aunque ignoraba mi doble personalidad, decidió no secundarnos. Velja Brothers, al que he matado para suprimir peligrosos testigos, descubrió, por casualidad, un sobre dirigido al

F. B. I.

en la caja fuerte de la oficina. Mandé a Henry Pahissa a recuperarlo y tuvo que matar al senador para salvar su vida. Hizo un cambio de documentos.

El confeccionado por mí, carecía de interés, refiriéndose a falsas amenazas de los Sindicatos, que para nada han intervenido. Quise aterrorizar a Janet y mandé a mi segundo, a Henry, hacerle una visita nocturna. Mi error consistió en creerla vigilada por Midge quien, con el simulacro de defensa en su primer encuentro con Thomas Romaine, se ganó toda su confianza. Alguien la previno.

—Yo —le interrumpió el agente del

F. B. I.

—Lo siento por usted. Voy a matarle.

—No lo hará. Antes habló de un pacto. Detállelo.

—Olvídese de mi presencia y regrese a Nueva York. Además debe comprometerse a no capturarme. Es su única posibilidad y se la ofrezco en homenaje a Janet. No quiero darle el triste espectáculo de ver cómo muere un agente especial del «Federal Bureau of Investigation».

El asombro, la decepción y el dolor de la muchacha pudo más que la alegría de saber a salvo a Richard, que aceptó:

—Le doy mi palabra de honor de que nada haré por capturarme.

¿Le basta?

—Sí.

Miller, muy despacio, regresó a su automóvil negándose a mirar a Janet. Puso el vehículo en marcha y desapareció en unos minutos de la vista de la joven y el abogado.

—Sigamos. Como verás los del

F. B. I.

son unos cobardes.

El insulto hirió a Janet en el corazón, pero carecía de fuerza moral para rebatirle. Continuaron el camino a Boston. Alfred Vance, atento al volante, no miraba apenas a la hija del senador que, muy pálida, se hundió en el asiento con absoluta indiferencia. Después de la decepción sufrida con Richard Miller nada le importaba.

Un frenazo en seco le hizo reaccionar. Un carro de labranza, tirado por cuatro caballos y repleto de heno, interceptaba la carretera. El abogado tocó el «claxon» sin resultado. Se apeó para ordenar al campesino que dejase expedita la ruta y en ese momento sucedió lo increíble. Los haces de paja volaron por los aires y Douglas Dumesnil y cinco agentes más de la Metropolitana, con las armas empuñadas, saltaron a tierra conminándole:

—¡Quieto o le acribillamos!

Alfred, acorralado, intentó una suicida resistencia, pero no pudo acabar el iniciado movimiento. El inspector cayó sobre él golpeándole con la culata de su revólver. Vance se desplomó sin sentido.

—Lamento el susto, Janet. Ni Richard ni yo pudimos avisarle.

Esposó al indeseable y en su mismo coche emprendieron el regreso a la Metrópoli. En el Parador les aguardaba Miller, que explicó a la muchacha:

—Necesitaba su declaración espontánea. ¿Cómo pudiste suponer por un momento que fuese a abandonarte?

La aludida no contestó al reproche, acomodándose en el «Chevrolet». Al fin, dijo:

—Me dolió tu actitud. El afirmó que los agentes del

F. B. I.

erais unos cobardes...

—Se equivocó. Me ascendieron a inspector. Preparé con Douglas la encerrona. El truco de la carretera era el mejor para obligarle a

salir del coche. Temíamos que se protegiera con tu cuerpo.

Hubo una larga pausa. Janet y Richard se distanciaron de sus compañeros.

—Te devuelvo tu palabra —habló él de nuevo—. Quería obligarle a actuar por celos. Lo de tu padre no lo sabrá nadie. A la patria le interesa mantener su buen nombre y Vance y Midge carecen de pruebas. Las encontramos en casa de Henry, quemándolas.

Las palabras del joven reflejaban tanto dolor que impresionaron a la muchacha.

—Será si tú quieres —repuso audazmente—. Yo estoy muy conforme.

Richard pisó a fondo el freno de pie. Sus ojos chispearon de alegría.

—¿Lo has meditado bien, Janet?

—Si —contestó ella ofreciéndole los labios.

Se besaron. El amor premiaba una terrible aventura. El

F. B. I.,

representado por el inspector Miller, había sido vencido por vez primera, pero aquél era, en curiosa paradoja, su mayor triunfo.



CONCURSO de «VACACIONES 1951»

PREMIOS

1.º 2.000 ptas.

2.º 1.500 "

3.º 1.000 "

4.º 500 "

Total..... 5.000 ptas.

EDITORIAL ROLLAN, agradecida siempre al público, abre un Concurso y ofrece a sus lectores unas espléndidas vacaciones gratuitas con arreglo a las siguientes bases:

1.ª En la última hoja de nuestras publicaciones (Selecciones NEVADA, EXTRAORDINARIA DEL OESTE y F. B. I.) se repetirá el texto de estas dos páginas, a partir de hoy.

2.ª El concursante escribirá sobre las líneas de puntos (al dorso) una frase con sentido, extrayendo del texto en cursiva ciertas palabras cuyo número de letras se ajusta exactamente al número de puntos comprendidos entre los espacios en blanco.

3.ª Los premios se repartirán de la manera que a continuación se expresan:

Se sorteará el PRIMER PREMIO entre los acertantes de la frase exigida, frase que a partir de hoy ha sido escrita a D. FLORENCIO PORPETA, Notario en esta capital. Los restantes premios se sortearán seguidamente entre los demás acertantes, exceptuados los que hayan sido agraciados en el primer o primeros sorteos de este mismo Concurso.

4.ª Los concursantes habrán de remitir la *hoja completa* a esta EDITORIAL ROLLAN (San Bernardo, 68, Madrid), indicando en el sobre: «Para el CONCURSO DE VACACIONES», bien cerrado, franqueado con cincuenta céntimos.

El plazo de admisión se cerrará el día 15 de septiembre próximo, a las doce horas de su noche.

5.ª La apertura de sobres recibidos y el sorteo se celebrará en los locales de esta Editorial, a la vista del público, y ante la presencia del citado señor Notario, en la última quincena del referido mes, y en el día que se anunciará a su tiempo.

Madrid, 15 de junio de 1951.

EDITORIAL ROLLAN

TEXTO

«Los lectores gozan de las aventuras de los agentes del F. B. I., que es el nombre, también la denominación de una excelente serie de novelas, de un grupo de norteamericanos: hombres que luchan sin miedo y reúnen, infatigables, astutos, inigualables, cualidades y valores como nadie; recuerdan a los famosos vikingos porque son audaces; mosqueteros y "quitjotes" que vencen los peligros y la intriga, y, a veces, como los hombres de calidad, sacrifican su vida en emoción continua; y así, eso es lo que se dice y se prueba al hablar del F. B. I.: el "gangster" que crea tener éxito, que esté al borde de la fuga, ha de pensar en los servidores de la Ley, que siempre consiguen la victoria.»

PUNTOS A OCUPAR

F. B. I.
..... como
.....
.....

DIRECCION DEL CONCURSANTE

Nombre y apellidos:
Domicilio: Calle, núm.
Ciudad: Provincia:

ALF MANZ

El autor de reconocida nombradía, creador
inolvidable de novelas como

¡CULPABLE! LA HORA GRIS SHANGHAI

nos ofrece en el próximo número su mejor obra

¡ODIO!

¡TÍTULO EMOTIVO POR UN AUTOR INIMITABLE!

El ser humano, cuando además es un aventurero internacional, acostumbrado a engañar, a matar, y a sufrir estoicamente las mayores torturas, lleva en su corazón el odio a cuanto significa peligro, ofensa o amenaza. El odio en esta novela es la fuerza trágica que impulsa a un personaje, obligándole a cometer con la ametralladora

Thompson...

ALF MANZ

escribirá el próximo número

5 PESETAS

NOTAS

[1] La más famosa sala de conciertos de Nueva York conocida por el nombre de su fundador. < <

[2] Abogado. < <

[3] Frecuentado por los graduados de Universidad. < <

[4] Harry J. Anslinger es en la actualidad el Comisario Jefe de la Oficina de Narcóticos de los Estados Unidos. < <

[5] Señoras y caballeros. (N. del E.). < <

[6] Departamento de Policía francesa. < <

[7] Así define el «Tell-it-to» el «American Chamber & Commerce».

(N. del A.). < <